



LA RÁBIDA

REVISTA COLOMBINA IBERO-AMERICANA

Redacción y Administración: SAGASTA, 51

AÑO IX Huelva 31 de Julio de 1919 Núms. 96 y 97

DIRECTOR PROPIETARIO: JOSÉ MARCHENA COLOMBO

EL OCTAVO AÑO

Con verdadero júbilo encabezamos el número correspondiente a los meses de Junio y Julio proclamando a los cuatro vientos nuestro inquebrantable propósito de continuar en la palestra del americanismo, interín no nos falte el concurso que en los ocho años de existencia se nos ha venido prestando por nuestros anunciantes, suscriptores, colaboradores y el público en general, pues de todos tenemos pruebas bien notoria del agrado con que desde su fundación ha sido acogida nuestra modesta revista.

Claro que no nos han faltado los inevitables solapados enemigos que jamás saben elevar el espíritu por cima de las querellas y rencillas, cuando no pasiones personales, pero ello es cosa que por descontada teníamos y se tiene en toda empresa y en el día de hoy, hasta a estos llamamos para que nos ayuden en nuestra labor, pues en tan árdua tarea todos los concursos son pocos y ninguna ayuda puede reputarse de innecesaria.

Firmes en nuestro credo, hemos difundido el conocimiento de los lugares colombinos por las tierras americanas y no pocas de las publicaciones allí editadas nos han honrado con elogios y conceptos que nunca creíamos merecer.

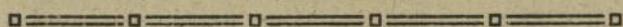
En estrecha hermandad con la benemérita Colombiana, hemos conseguido de los poderes públicos su decidido concurso para los actos conmemorativos del 3 de Agosto, logrando el empeño que desde un principio nos propusimos de que dichas

fiestas adquirieran carácter nacional y fuese a modo de fuego sagrado que mantuviera vivo el recuerdo de la tradición entre los onubenses, sirviendo a su vez de recordatorio a los pueblos del alma hispano de la necesidad que a todos obliga de fortalecer los vínculos espirituales y materiales que precisa el porvenir de la raza española si no

quiere ser vencida por las de otros pueblos que no sólo le disputan la hegemonía, sino que tratan de ahuyentarla y soterrarla.

Para evitar el que no pueda ocurrir, estamos dispuestos a no cejar en nuestro empeño, formando en la vanguardia de las publicaciones y entidades americanistas que allende y aquende el Atlántico trabajan con tesón y perseverancia, porque desapareciendo añejos y anticua-

dos prejuicios, todos los pueblos del habla hispano se apresten a formar la gran confederación de la raza ibera que, ondeando a los cuatro vientos la bandera de su proverbial hidalguía y su inveterado amor a los ideales de Fraternidad, Libertad y Justicia, constituyan una garantía para los pueblos y sirvan de contrapeso a las desmedidas invenciones de los pueblos imperialistas y dominadores.



La imprescindible necesidad de publicar un número extraordinario con la reseña de los actos celebrados con motivo de las fiestas conmemorativas del 3 de Agosto, nos obliga, muy a nuestro pesar, a editar en un sólo volumen los números correspondientes a los meses de Junio y Julio, esperando que nuestros favorecedores sabrán dispensarnos en atención al móvil que nos impulsa a efectuarlo así.



Caracas (Venezuela).—Entrada al patio del Capitolio.

Significación histórica del movimiento Maximalista

(Conferencia del Doctor José Ingenieros)

(Conclusión)

VII.—Las aspiraciones maximalistas

Sin mucho dón profético puede preverse que ahora vendrá lo que desde antes de la guerra se miraba como su consecuencia: una transformación profunda de las instituciones en todos los países europeos y en los que viven en relación con ellos. Eso, solamente eso, merece el nombre de Revolución Social—con mayúsculas—y no los pasajeros desórdenes y violencias que la acompañarán.

El resultado final será un bien para la humanidad, como el de la precedente Revolución Francesa; pero muchos de sus episodios serán, sin duda, desagradables en el momento de ocurrir. Las revoluciones se parecen en esto a ciertas medicinas, al aceite de castor pongamos por caso; en el acto de tomarlo produce disgustos o náuseas, pero después obra bienes muy grandes sobre el organismo, depurándolo de sus residuos inútiles o nocivos.

El momento histórico actual es de los que se producen una vez en cada siglo, determinando una actitud general favorable a toda iniciativa renovadora; *el maximalismo es la aspiración a realizar el máximo de reformas posibles dentro de cada sociedad, teniendo en cuenta sus condiciones particulares*. No puede concretarse en una fórmula única, siendo una actitud más bien que un programa. ¿No es legítimo pensar que las naciones civilizadas querrán ensayar las innovaciones discutidas desde hace medio siglo? ¿Muchas de ellas no se han ensayado ya en estos años de guerra, sin que nadie piense volver atrás? ¿Qué mejor oportunidad para efectuar tan generoso experimento? Lejos de inspirarnos el menor recelo, el maximalismo debe mirarse como un desarrollo integral del minimalismo democrático enunciado por Wilson.

Conocemos la objeción de los espíritus tímidos; hace varios meses que la escuchamos. Dicen que el maximalismo se propone simplemente matar y saquear a todos los que tienen algo, en beneficio de los que no tienen nada, como ciertos conservadores españoles que todavía llaman a la república la *repartidora* y a sus partidarios la *canalla*, sin sospechar que recibirán sus beneficios mucho antes de lo que creen....

No caeremos en la paradoja de afirmar que la revolución social a que asistimos tiene por objeto favorecer a los ricos contra los pobres.... Creemos, en cambio, que las aspiraciones maximalis-

tas serán muy distintas en cada país, tanto en sus métodos como en sus fines. Nos parece natural, por ejemplo, que se nacionalicen los inmensos latifundios de Rusia, pero creemos que ese problema no se planteará en Suiza o en Bélgica, donde la propiedad agraria está ya muy subdividida en manos de los mismos que la trabajan. Concebimos la nacionalización de las industrias que emplean millares de obreros, pero no la de pequeñas industrias individuales o demésticas. Nos explicamos la libertad de las iglesias dentro de los estados cuando por su organización ellas no constituyan el peligro social, pero creemos probable en otros casos la nacionalización de todas las iglesias y su contralor uniforme por el Estado. Encontramos posible que en pueblos muy civilizados los municipios sean la célula fundamental de federaciones libres, pero en villorrios atrasados y rutinarios el cambio de régimen sólo podrá ser establecido bajo el legítimo influjo de los más adelantados y progresistas.

Esos ejemplos, harto fáciles de comprender, nos permiten fijar este concepto general: las aspiraciones maximalistas serán necesariamente distintas en cada país, en cada región, en cada municipio, adaptándose a su ambiente físico, a sus fuentes de producción, a su nivel de cultura y aún a la particular psicología de sus habitantes.

No habrá un maximalismo uniforme y universal, sino tantos programas maximalistas cuantos son los núcleos sociológicos que reciban el benéfico influjo de la presente revolución social.

VIII.—Expansión en América

¿Qué interés tienen estas reflexiones para los habitantes de América? Si aquí no ha habido guerra—se dirá—no hay razón para desear o temer que nos alcance la revolución social que es su consecuencia.

Quien tal dice ignora la historia, carece de conciencia histórica, olvida que todos los movimientos políticos y sociales europeos han repercutido en América, en proporción exacta de ese grado de europeización que suele llamarse civilización. Es indudable que los indios residentes entre los Andes y las fuentes del Amazonas, no sentirán los resultados de la guerra; probablemente ignoran que ha existido una guerra europea, en el supuesto improbable de que conozcan la existencia de Europa.

Pero en todos los países que han nacido de colonizaciones europeas, desde Alaska hasta el estrecho magallánico, lo que en Europa suceda tendrá un eco, tanto más grande cuanto mayor sea su nivel de civilización. Nuestro destino, ineludible, como decía Sarmiento, es «nivelarnos con

Europa»; y la experiencia del último siglo demuestra que allá no ha aparecido un invento mecánico, una ley política, una doctrina filosófica, sin que haya tenido aplicación o resonancia en este continente. Mientras en Europa se desenvuelve la honda revolución social ya iniciada, aquí participaremos de sus inquietudes primero y de sus beneficios después. Inquietudes mientras se subviertan las instituciones existentes para probar otras nuevas; beneficios cuando por simple selección natural se arraiguen las útiles y desaparezcan las nocivas. La experiencia social no pide consejo a los conservadores espantadizos ni presta oído a los optimistas ilusos; en cada lugar y tiempo se realiza todo lo necesario y fracasa todo lo imposible. ¿No sería absurdo cortar las alas, anticipadamente, a los idealistas que pidan lo más? ¿Si sólo consiguieran lo menos, no sería en bien de todos los que anhelan un aumento de Justicia en la humanidad?

Los resultados benéficos de esta gran crisis histórica dependerán en cada pueblo, de la intensidad con que se definan en su conciencia colectiva las aspiraciones maximalistas. Y esa conciencia sólo puede formarse en una parte de la sociedad, en los jóvenes, en los innovadores, en los oprimidos, pues son ellos la minoría pensante y actuante de toda sociedad, los únicos capaces de comprender y amar el porvenir. ¿Exagerarán sus ideales o sus aspiraciones? Seguramente; ¿no es indispensable que las exageren para compensar el peso muerto que representan los viejos, los rutinarios y los satisfechos?

IX.—¿Cómo vendrá?

Algunos curiosos desearán, sin duda, saber de qué manera se desenvolverá esta revolución social en que todos somos actores o testigos. La respuesta, naturalmente hipotética, obliga a precisar el término básico de la pregunta. Una revolución social es un largo proceso histórico, compuesto de preparativos, resistencias, crisis, reacciones, después de las cuales se llega a un estado de equilibrio distinto del precedente.

La revolución a que asistimos ha comenzado hace muchos años; la guerra la ha hecho entrar en el período crítico; seguirán muchos impulsos y restauraciones; de todo ello, dentro de uno o veinte años, según los países, resultará un nuevo régimen democrático que oscilará entre los ideales minimalistas enunciados por Wilson y los ideales maximalistas formulados por los revolucionarios rusos.

Si los hombres fueran ilustrados y razonables, sería muy bonito que se pusieran de acuerdo para navegar juntos en favor de la corriente, con buena

voluntad y corazón optimista, decididos a ir tan lejos como se pueda, en bien de todos. Esa hipótesis, con ser tan agradable, nos parece la más absurda.

No lo es tanto pensar que algunos gobiernos inteligentes, entre los muchos que se turnarán con frecuencia en cada país, podrán dar saludables golpes de timón y poner la proa hacia el punto feliz de las aspiraciones legítimas, pensando más en construir el porvenir que en defender el pasado.

Donde eso no ocurra, la transformación se hará irregularmente, por conmociones, producto de choques, con violencias inevitables y represiones crueles; los excesos de los revolucionarios y de los restauradores determinarán una resultante final, que realizará, aproximadamente, el máximo posible de las aspiraciones que tenga cada pueblo al comenzar la fase crítica de su ciclo revolucionario.

¿Qué hacer pues, frente a las aspiraciones maximalistas? Depende. Los que tengan anhelo de más Justicia, para ellos o para sus hijos, pueden saludarlas con simpatía: los que no crean que puede beneficiarles, deben recibirlas sin miedo. Eso es lo esencial: ser optimistas y no temer lo inevitable. Cuando llegue, en la medida que deba llegar, sólo causará daños graves a los que pretendan torcer el curso de la historia y a los espantadizos; la rutina hará víctimas, porque es causa de miedo, y el miedo ha engendrado los mayores males de que tiene memoria la humanidad.

El desarrollo de esta revolución no incomodará a quienes la esperen como la cosa más natural, anticipándose a ella, preparándola, como expertos navegantes que ajustan las velas al ritmo del viento, recordando las palabras de Máximo Gorki: «Sólo son hombres los que se atreven a mirar de frente el Sol»...

José Ingenieros

Buenos Aires, Noviembre de 1918.



ESPAÑOLES Y AMERICANOS

EXALTEMOS LA RÁBIDA, "CUNA DE AMÉRICA"

Una conversación interesante y oportuna

El esclarecido presidente de la Sociedad Colombiana, de Huelva, Sr. Marchena Colombo, decía en carta de estos días: «¿Le parecería bien un diálogo con Ugarte? Sería muy hermoso que expusiera la emoción que le causa el pensar que va a la Rábida. Dígaselo de parte mía.»

Fuí, con el grato encargo del Sr. Marchena, a nuestro común e ilustre amigo argentino Manuel

Ugarte, y a este noble hispano le pareció muy bien el proyecto del digno presidente de la Colombina onubense.

Formuladas mis preguntas, me felicito de la iniciativa de Marchena Colombo ante las contestaciones de Ugarte, pues en éstas hay ideas que pueden conducir al justo esplendor del sagrado lugar de la Rábida.

El inmortal estadista Cánovas del Castillo tuvo una frase que fué todo un programa en elogio de la Rábida de Huelva: «No hay más que una Rábida en el mundo...», dijo Cánovas solemnemente, celebrando el cuarto centenario del descubrimiento, en los claustros donde se adivinó el Nuevo Mundo.

Recuerdo que, hablando con mi inolvidable maestro el gran Labra de las fiestas de la Sociedad Colombina y de la meritisima acción de Marchena, nos dijo un día el patriarca de la amistad hispano-americana: «La Rábida es una gran bandera...»

Visitando Mr. Wilson, el honorable presidente de los Estados Unidos del Norte América, en estos nuevos días del mundo, la patria del descubridor, exclamó: «Génova es un santuario para América. Los genoveses son hijos adoptivos del Nuevo Mundo.»

¿Qué no diremos, pues, todos nosotros en gloria de la Rábida, de la «Cuna de América», como muy bien la llamó hoy Manuel Ugarte...?

A estas horas de las reivindicaciones del mundo, por América parece que sonó la hora de la Rábida. El propio Marchena Colombo nos dice en su citada carta que Chile va a colocar, el 12 de Octubre próximo, la primera lápida del Nuevo Mundo a los lugares colombinos de la Rábida: una hermosa lápida de bronce y oro, en homenaje a los descubridores y testimonio de confraternidad entre Chile y España.

Que sea la hermosa y significativa ofrenda chilena prenda del resurgimiento de la Rábida y de una raza a continuar sus magnos destinos históricos.

Y dicho esto, transcribimos el diálogo con Ugarte:

Primero. Feriado por España y América conjuntamente, en estos históricos días, el aniversario del descubrimiento del Nuevo Mundo, ¿no cree usted, Sr. Ugarte, que se impone un mayor culto a la Rábida de Huelva?

Contestó el digno hijo de la nación argentina: «Faltaríamos a nuestro deber si no lo hiciéramos. Punto de partida de la más grande epopeya de los siglos, origen de veinte nacionalidades nuevas, la Rábida evoca, para España, el momento más glo-

rioso de su Historia; para América, la memoria de la Cuna, la prórroga del porvenir... Se reúnen, pues, en la Rábida razones superiores, que llevan a España y a la América española a evocar de un trazo todo lo más noble y palpitante de la vida conjunta, y somos, al celebrar las fiestas colombinas, consecuentes con los antepasados y consecuentes con nosotros mismos.

Segundo. En la cordialidad a que hemos llegado, ¿no podían mandar anualmente las naciones hispano-americanas a las sagradas aguas de Huelva uno de sus barcos de guerra que reunidos con los que envía la Armada española honraran hermosamente la inmortal expedición del 3 de Agosto, saludándose en la Rábida las 21 banderas?

¿No merece Huelva al cabo de los siglos esta preciosa consagración por España y América que tanto nos enaltecería a todos en el mundo?

—Creo que tendremos que dar cada vez mayor amplitud y esplendor a las festividades de Huelva, y que, en efecto, las Repúblicas Hispano-americanas tomarán en esas hermosas fiestas una parte cada vez mayor, enviando barcos de guerra o Embajadas especiales para rendir tributo, no sólo al genio que animó la fabulosa empresa, sino a la gloriosa madre España, que con tanta grandeza de alma y maravilloso valor supo llevarla a cabo.

Tercero. ¿No le parece que los Gobiernos de España y América deben hacer algo concretamente en la Rábida, en símbolo de gratitud del Nuevo Mundo y homenaje a los descubridores, glorificando la común historia, erigiéndose así a la Rábida en relicario de la raza que lleve a su sagrado suelo las peregrinaciones de todos?

—Yo creo que complementando la acción oficial de los Gobiernos españoles y americanos, pueden surgir iniciativas universitarias o populares, que tiendan a llevar a la Rábida, en la fecha histórica, grandes peregrinaciones de hombres jóvenes, originarios de uno y otro lado del mar, con el fin de levantar el espíritu ante la evocación de los inmortales recuerdos y acumular fe y energía para las luchas del siglo, en defensa de la común grandeza. En el ambiente de la Rábida, el niño, el estudiante, el obrero, tienen que sentir con la conmoción que produce el recuerdo de los heroicos actos y las grandezas pasadas, la emulación y el acicate para tratar de ser, a su vez, en la órbita modesta o grande de su actividad, dentro de su carrera u oficio, esforzados campeones también, valientes descubridores, creadores de vida y de prosperidad para su patria y para el mundo... La Rábida puede ser en este sentido, una escuela de energía para las generaciones nuevas de España y América. Por eso el proyecto de

peregrinaciones cívicas de que usted me habla, de los señores Marchena Colombo y Rafael Calzada, me parece especialmente oportuno y eficaz. Así habló Ugarte de la Rábida.

Columbia

Con verdadero placer publicamos en estas columnas el brillante artículo publicado por nuestro distinguido colaborador D. José María González (Columbia), en el «Heraldo de Madrid».

Palabras como las pronunciadas por el ilustre argentino fortalecen nuestros ardores para proseguir la lucha en pró del ideal ibero americano que conserva su más preciado tesoro de espiritualidad en esta ciudad de nuestros cariños y entusiasmos y en el pintoresco Monasterio que se alza en la confluencia de los ríos Odiel y Tinto, testigos mudos en unión de Palos y Moguer de la gigantesca empresa, orgullo de los naturales de esta tierra que ostentan como galardón más preciado el de ser hijos de los descubridores.



QUITO.—Plaza de la Independencia

La eterna comedia

SONETO (1)

Políticos venales sin conciencia,
Azote de mi Patria sin ventura,
¿A qué fingir benéfica cordura,
Siendo no más vesánica imprudencia?

Por todo galardón, concupiscencia
Publica vuestra cínica impostura...
Gozando sin temor bestial hartura,
¡Qué importa del que clama en la indignancia!

En este ambiente, ayuno de hidalguía,
No es de extrañar se asfixie la esperanza,
Que en su candor en la honradez confía.
¡Estúpida ambición! no se le alcanza,
Que venga a liquidar, sangrienta orgía,
De tanta expoliación justa venganza.

Fernando C. de Góngora

(1). Inédito. Diatriba escrita en Mayo de 1868, contra algunos políticos de aquellos tiempos.

VARIEDADES

Documento curioso redactado con motivo de un envío de fósiles de nueva Granada, hecho para el Real Gabinete de Historia Natural en el siglo XVIII. (Archivo de Indias de Sevilla. Estante 145, cajón 7. Legajo 24).—Colector, Francisco de las Barras.

D. Francisco Gil y Lemos, Virrey del Perú, remitió, con carta fechada en Cartagena de Indias, a 19 de Noviembre de 1789, un cajón, que según él contenía huesos de gigantes, dirigiéndolo al mi-

nistro don Antonio Porlier. Llegó el cajón acompañado de una Memoria de que se hizo extracto para dar cuenta al Rey, cuyo extracto está fechado en 5 de Marzo de 1790. Se le dió cuenta, en efecto, y en 18 del mismo mes se dispuso que pasaran los huesos al Real Gabinete de Historia Natural, oficiándose al efecto en 23 de Marzo del mismo año 1790 al con-

de de Floridablanca, y diciendo en el oficio que el cajón de huesos contenía además «el coco que llaman de mina».

Que las personas que en Madrid intervinieron en el asunto estaban por encima del error en que incurrió el Virrey Gil y Lemos al creer en la existencia de los gigantes, confundiendo con ellos los restos de grandes mamíferos, se demuestra en el extracto que se leyó al Rey y que empieza diciendo: «Después de un importuno discurso en favor de la existencia de los gigantes en los tiempos antiguos exponen».

La expedición de que el cajón de huesos de referencia formaba parte en compañía de otros de quina se desembarcó en la Coruña, según recibo del Intendente de dicha plaza refiriéndose a «dos cajones de quina de Santa Fe y el de huesos de gigantes, que remitió el Virrey que fué de aquel Reyno Gil y Lemos». Después pasó al Perú.

La Memoria sobre los gigantes es un documento estrambótico, que por lo mismo, y a título de curiosidad, merece ser conocido. Dice al margen: «Fr. D. Francisco Gil y Lemos remite a V. E. la gigantología del nuevo Reyno de Grana-

da.» El cuerpo del documento dice: «Excmo. Sr.: De tal modo se ha agitado la existencia de los gigantes entre la excesiva credulidad y el riguroso excepticismo, que se mira como ridículo al que promueve este asunto, declarado fabuloso e inverosímil casi en todo el mundo literato.»

«Los textos sagrados, los testimonios de la más remota antigüedad, los historiadores profanos, los poetas, los antiguos viajeros, todos conciben en la existencia de esos colosos animados que la filosofía califica de absurdos.»

«Los huesos y despojos que la casualidad ha presentado no han podido sostener el crédito de las antiguas tradiciones y las relaciones de los viajeros modernos, que conducían a relevar la de sus predecesores, sólo han servido a alarmar al mundo crítico.»

«A la sombra de la exposición de uno de los sagrados textos (1) se interpretaron los otros (2), y rompida de este modo la principal barrera, continuó la crítica desalojando a la credulidad del resto de las demás tradiciones (3), antiguos y modernos monumentos (4).»

«Despojada la fé, hizo la razón reflexiones para probar de absurda la existencia de la raza gigantesca. Observó que si alguna cosa hay constante en la naturaleza era la estatura del hombre; que el clima y todas las causas físicas imaginables no pueden producir una raza de enanos ni de gigantes. Que si alguna vez se presenta tal cual individuo con semejante deformidad, es un mónstruo que no continúa produciendo otros de igual proporción. Que fijándose la estatura del hombre a cinco pies y tres pulgadas por un cálculo medio, los límites de la naturaleza parece se han fijado a un pie de aumento o disminución en la medida indicada. Que sería imposible admitir una raza de gigantes sin que toda la naturaleza se volviera gigantesca con igual proporción. Que un hombre de ocho pies ya no puede ser soportado por ningún caballo, que su peso al de uno de cinco pies será como 512 a 121. Que el cuerpo de un hombre de diez pies sería ocho veces más considerable que uno de cinco. Que para ellos no habría alimentos proporcionados en lo animal ni vegetal, y, por consiguiente, que semejante raza ni pudo existir ni conservarse.»

«La degradación de los elefantes y otros animales, cuya magnitud cotejada con la de los huesos que ahora se hallan y haciendo ver ha disminuído bastante, y que las razas de otros animales ha desaparecido enteramente, ha dado lugar a persuadirse que lo mismo ha podido suceder en la especie humana; pero habiendo querido el cálculo apoyar esta analogía, ha llegado en su extravagancia

a pretender que la estatura de Adán debía ser 21 veces mayor que la nuestra.»

«Las diferentes relaciones de los patagones, que por algún tiempo suspendieron la total decisión de esta antigua y agitada disputa, no han producido en su favor efectos más ventajosos, y ya se sabe de positivo que, aunque su talla es la más ventajosa del mundo conocido, su mayor y menor altura está confirmada en los límites de cinco pies siete a ocho pulgadas, hasta poco más de seis pies a que algunos suelen alcanzar, y de este modo la posibilidad de una raza de gigantes ha quedado al parecer declarada para siempre fabulosa, quimérica y absurda.»

«En este estado se presenta por casualidad un motivo de nuevas reflexiones, que me parece no debe continuar confundido en el olvido como hasta ahora lo ha estado.»

«A tres cuartos de legua al nordeste de la capital del Nuevo Reyno de Granada, situada a 4° 45' de latitud boreal y en 303° 3' de longitud del meridiano de Tenerife, sobre un plano que supera al nivel del mar 28.740 varas; distante de las costas del Norte 135 leguas, de las del Sur 88 y de la punta o cabo de Santa Elena (5) 135 leguas, se halla un campo con el nombre de los Gigantes, por una tradición inmemorial, y a esta denominación habrá tal vez origen a los despojos que en él se hallen.»

«Este es un llano como de una legua, que recibe las vertientes de los cerros inmediatos, y descarnado con ellas presenta en su superficie varios despojos de vivientes, cuya magnitud admira, como se verá por los que acompaño, recogidos de paso y sin hacer excavación ni diligencia particular, pues habiendo pasado casualmente por este parage cuando me regresaba de ver el maravilloso salto de Tequendama, oí por la primera vez el asunto, y sólo traté de recoger los que se presentaron y pudieron conducirse.»

«Una colección semejante de huesos en un espacio tan considerable parece atribuirse sólo a la especie humana, pues los animales sujetos a morir donde les acomete la última enfermedad, no han podido formar ese osario. La elevación del terreno sobre el mar y la distancia a sus costas no permite el que las congeturas se extiendan a considerar los despojos de bueyes marinos, ballenas y otros cetáceos conducidos y aglomerados por las ondas de Océano o Mar Pacifico, a quienes sirven de barreras las elevadas cordilleras de los Andes. Tampoco permite la posición el que las aguas de los ríos hayan conducido de varios parages esos huesos, porque no hay río ni puede haberlo, y si se atribuye a la degradación que las lluvias hacen

en los cerros inmediatos, siempre se verifica la congregación mencionada que sólo puede atribuirse al hombre.»

«Este osario, con la tradición que halló Garcilaso, y relaciona en el parage citado, los pasos profundos que en varios parages conservaron hacia aquella parte la denominación de Pozos de los Gigantes, de tiempo inmemorial, dan lugar a intentar un exámen más prolijo que el que yo he podido hacer cuando llegué a tener conocimiento del asunto, y aunque la mayor parte de los huesos se están ya pulverizando y se deshacen entre la mano que los coge, no dudo que con algunas precauciones dejen de conseguirse piezas que determinen con precisión la especie, pues hay algunos cráneos que asoman y se deshacen al tocarlos.»

«Me ha parecido también digno de aprecio el que llamen coco de mina que remito, así porque es muy casual y difícil de hallarlo, como porque rectifica una traducción de Solórzano (6), que en el día se tendrá tal vez por fabulosa, y aunque en éste no se hallan las piedras preciosas, su semejanza es muy grande.»

«Si después de examinados estos despojos de la Naturaleza se hallare, puede contribuir en algo a aclarar los conocimientos humanos, se servirá V. E. hacer el uso de ellos que parezca más conveniente; pues en ese concepto, y en el de que además de las repetidas órdenes que hay para enviar todo lo que pueda enriquecer el Gabinete de Historia Natural, se hallan en el hallazgo de estos despojos animales una porción de circunstancias reunidas, que sosteniéndose recíprocamente, hacen al excepticismo un poderoso argumento en favor de una raza de gigantes, por lo que los he mandado recoger y remito.»

«Dios guarde a V. E. m. a. Cartagena de Indias y Noviembre 19 de 1789.—Excmo. Sr.—Fr. Francisco Gil y Lemos.—Excmo. Sr. D. Antonio Porlie.»

«Nota de lo que contiene el cajón de huesos.—La extremidad inferior del hueso fémur.—La extremidad inferior de una tibia.—La extremidad superior de una tibia.—Una vértebra dorsas, lumbar.—Dos parietales y parte del occipital, pequeños.—Cuatro muelas.—Una cabeza del húmero.—Un calcáneo.—La piedra coco o bola de cristales y piedras preciosas.»

NOTAS.—(1) Teodoro y San Juan Crisóstomo dicen que la palabra gigantes esto significa: «Hombres caídos en delitos espantosos, y más monstruosos por sus desórdenes que por enormidad de su estatura.»

«(2) Dicese que los descendientes de Seth que se casaron con las hijas de Caín, son los hijos de

Dios, que se casaron con las hijas de los hombres, a cuyos descendientes de la versión hebrea el nombre de gigantes.»

«Se observa que en el capítulo 3.º, versículo 2.º del Deuteronomio no se hace mención de la estatura gigantesca del Rey Og, sino del tamaño de su cama, que era de nueve codos o trece pies, pero que ese era una especie de fausto usado por los orientales.»

«Aunque la estatura del gigante Goliath está señalada con precisión en el libro de los Reyes, de seis codos y un palmo, se hacen cargo del texto para desembarazarse.»

«(3) Dicese que los orientales de tiempo inmemorial han personificado los meteoros, que han cambiado en gigantes las explosiones ardientes de las montañas, los vientos, torbellinos y borrascas, y que aquí han tomado origen los romances gigantescos.»

«Que Herodoto, criticado por Estrobon y Aulo Gelleo sobre los doce pies y cuarto que da al esqueleto de Orestes, es acusado de horror y mentira, como lo ha sido en otras muchas cosas.»

«Se dan por igualmente fabulosos los sesenta codos que Sestorio dice reconoció en el cadáver del gigante Anteo. Se tiene por equivocación los 46 que Plinio atribuye al esqueleto de Orion. Se ridiculizan los 500 años de vida que Phegon da al gigante Magoroiovis, y se desprecian los 100 codos que Apolonio da a un gigante.»

«(4) Las cavernas de los cíclopes, en que Facel dice se hallaban los gigantes de 20 a 30 codos, verificadas por el Padre Kricher, se halla que los grandes eran de 15 a 20.»

«Los descubrimientos de dientes, costillas, vértebras, femures y omoplatos que se han atribuido a gigantes, han decidido a los físicos pertenezcan a animales terrestres o bueyes marinos, ballenas y otros animales cetáceos, enterrados envueltos por casualidad en las revoluciones del globo.»

«(5) En la primera parte del Libro 9 de los Comentarios de los Reyes Incas al Capítulo 9 de la Edición de Madrid, se trata de los gigantes que hubo en aquellas regiones y de la muerte de ellos.»

«(6) Con el libro 6.º, Cap. 4.º, de la Política Indiana de Solórzano, hablando por relación de Mayolo, que alega a Pedro Martyr y Gonzalo de Oviedo sobre la maravilla de cómo salen las piedras que llaman coco de mina, y su figura, la cual es como una gran bola, a manera de los cocos que llevan las palmas, y la engendra la tierra, o por mejor decir, el sol, en algunas provincias del Perú, de las que llaman de arriba, y en estando madurada, la misma tierra, sin gran trueno, después

de algunos temblores, como que quiere parirla, y despide y arroja muy lejos de sí la bola o el coco, que se abre al salir en cuatro o más partes, como sabemos abrir las granadas, y todas se hallan llenas de amatistas, topacios, cristales y otras varias piedras preciosas, más o menos perfectas, según llegan a madurarse. Sienten los indios este trueno, como ya por experiencia conocen su causa, y salen luego a buscar adonde ha parado la piedra, teniéndose por dichoso aquel que la halla.» (Estante 145. Cajón 7, legajo 24.)

Por la copia,

Francisco de las Barras de Aragón

Movimiento Americanista

Con la asistencia de todas las autoridades, Gobernador Civil, Gobernador Militar, Alcalde, Obispo, Cónsules americanos, etc., y un numeroso público que llenaba el salón de recepciones de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, se verificó la recepción como Académico de Número del Reverendo Padre Agustino Fray Tomás Lahorra, cuyo discurso se refirió íntegramente al sabio gaditano D. José Celestino Mutis. Le contestó, a nombre de la Academia, el director de esta revista Sr. Pérez-Sarmiento.

Los diarios, al dar cuenta del solemne acto, se expresan así:

UN SABIO GADITANO

Real Academia Hispano-Americana.

Recepción del Padre Tomás Lahorra (O. S. A.)

Como anunciamos oportunamente, ayer tarde a las tres, en el salón de recepciones de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes se verificó la del Rvdo. Padre agustino fray Tomás Lahorra, quien dió lectura a su discurso de entrada: «Labor cultural hispano-americana de un sabio gaditano: José Celestino Mutis».

En lugar preferente, sobre lujoso caballete estaba el retrato del sabio gaditano, magnífica pintura del artista gaditano Fernández, propiedad del Ayuntamiento. El retrato, por acertada iniciativa del secretario señor Moro, aparecía envuelto en las banderas de España—patria del eminente hombre de ciencias—y de Colombia, donde realizó su admirable labor.

Preside el vicedirector de la Real Academia General señor Olaguer-Feliú, a quien acompañan el Sr. Marqués de Velilla del Ebro, antiguo Presidente de la Sección madrileña de la misma y actual Gobernador civil de Cádiz; primer teniente de alcalde D. Arturo Gallego, Vicario Capitular

Dr. D. Manuel Navarro, en representación del señor Obispo de la Diócesis; Canónigo Doctoral don Eugenio Domáica, Rvdo. Padre Blas Barrios, Superior de la Comunidad de los Agustinos.

General de la Armada D. Esteban Almeda, Cónsules de Francia Mr. Clavery, de la Argentina D. Angel Picardo, de Chile Sr. Joffre y otros señores Cónsules; señorita Emma Calerón y de Gálvez y hermana; Superiores de las Comunidades religiosas de Cádiz, entre ellos Fray Isidoro Suárez, de la Orden de Santo Domingo; académicos General D. José Cebrián, D. Sebastián Ayala.

Académicos también D. Victorio Molina Pastoriza, don Julio Moro Morgado, D. Ambrosio Martínez Lozano, D. Francisco Cherbuy, D. Jacobo Butler, don Juan Reina, Sr. Martín Torrente, teniente coronel de la Artillería; D. Filemón Blázquez, inspector de primera enseñanza.

Sr. Coronel-Jefe del Regimiento de Cádiz, Cónsul del Brasil Sr. Albuquerque, Fray Eliseo Amat y Fray Pablo Alvarez, religiosos agustinos; presbítero Sr. Rosino Ramos, D. Emilio Sánchez Navarro, D. Antonio Gómez de la Torre, D. Francisco Arenas, Fray Agustín Tronvelle, una Comisión de los Luises, D. Angel Rufete, Comisión de la Asociación de Santa Rita, don José Mariano de la Mota, etc., etc.

El Sr. Presidente comisiona a los Académicos Ayala y Fernández Repeto para que conduzcan al salón al recipiendario R. P. Lahorra y así lo efectúan. El nuevo Académico toma asiento frente al Sr. Pérez-Sarmiento, encargado del discurso de contestación.

El General Olaguer-Feliú concede la palabra al Padre Lahorra, quien da principio a la lectura de su erudito discurso, el cual es un trabajo documentado, bien escrito, patriótico y tiende a vulgarizar la admirable obra científica y de aproximación hispano-americana que realizó nuestro ilustre paisano.

Sentimos no poder hacer tan magnífico discurso sino un breve extracto.

Expresa como la ciencia verdadera no puede prescindir de ideas abstractas si de la observación y el exámen de los hechos, enlazando unas y otras esas verdades diseminadas por la naturaleza que son emanaciones de la única verdad absoluta, Dios.

Menciona una cohorte de insignes sabios que así se formaron en lo antiguo y en lo moderno, y recuerda la oración de Keplero inserta en su *Armonía de ambos mundos*:

«Agradécote, Criador y Señor, todo lo que he experimentado en los éxtasis en que me ha su-

mido la contemplación de la obra de tus manos... He proclamado ante los hombres toda la grandeza de tus obras... Si se me ha escapado alguna cosa indigna de tí, recíbeme en tu clemencia y misericordia.

Y a la manera de estos amantes del verdadero progreso se formó el ilustre gaditano, honra del pueblo, que le vió nacer, lustre glorioso de la nación española, sacerdote ejemplar, legítimo civilizador de nuevas tierras conquistadas por españoles, ante quien respetuosamente rinde admiración el mundo de los sabios, don José Celestino Bruno Mutis, cuya laboriosidad, principalmente en Nueva Granada, enaltece su persona y puede servir de modelo para los que se interesan en estrechar los lazos de unión entre las Repúblicas sudamericanas y la antigua metrópoli, que les dió su sangre, su lengua, su religión, su vida.

El tema que me propongo desarrollar no dejará de ser simpático para vosotros, gaditanos y gaditanos que me escucháis, porque se trata de un paisano vuestro, orgullo de vuestro pueblo; ni menos simpático será para vosotros, hombres de ciencia que os recreáis con

las conquistas del pensamiento humano. Y vosotros, señores Académicos, espero recibiréis este mal hilvanado discurso como la interpretación exacta del fin que persigue esta docta Academia. Solo temo—y mis temores no carecen de fundamento—solo temo que el cuadro que presento no sea adecuado para encajar en él la gran figura del ilustre gaditano; pero si el cuadro resulta pequeño e impropio, atribúidlo a mi ineptitud, no a mi voluntad, que no encuentra límites para reconocer y encomiar las glorias de mi patria y amar a la América, en donde con gusto he gastado mis mejores energías, que sabe corresponder a los sacrificios que por ella ha hecho la Nación española.»

Más adelante expresa que Mutis fué el verdadero iniciador de la cultura que legítimamente orgullosa hoy ostenta la República de Colombia, for-

mando pléyade insigne de matemáticos y astrónomos, físicos y botánicos, cuyos nombres cita, y uno de los cuales, el sabio Caldas, exclamaba:

«¡Oh Dios! que presente tan grande hicisteis a la América cuando arrojásteis a nuestro continente al generoso Mutis!... Merecemos el anatema de todo el Universo si el nombre augusto de Mutis se

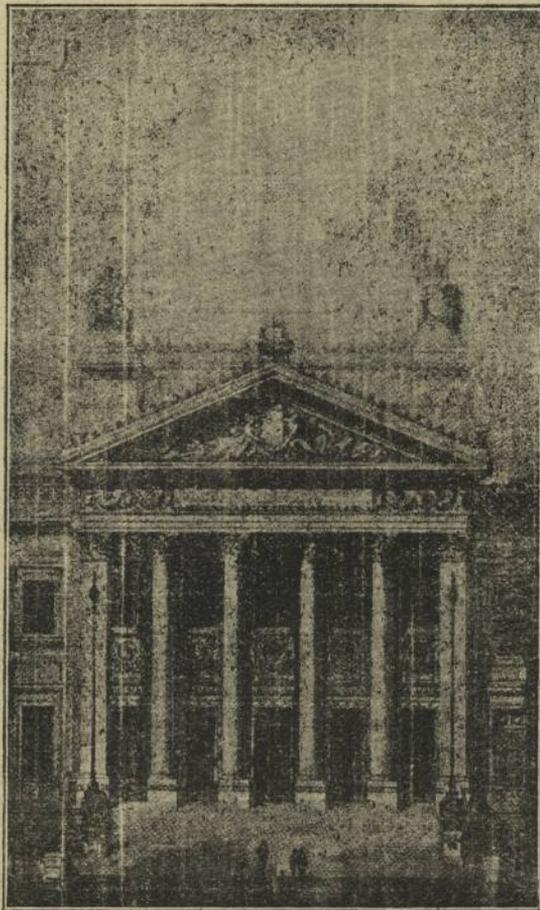
separa en adelante de nuestros labios, si no le fijamos en todos los lugares, si su imagen respetable no se vé sobre el mármol y el bronce en todas las ciudades, en todos los colegios, en todas las plazas de nuestra América... ¡Quién pudiera ir de nación en nación a publicar una generosidad de que no tenemos ejemplo en la Historia!»

Parafraseando estas palabras de Caldas, diré yo ahora: Un gaditano ilustre, señores, supo sacrificarse por la gloria de su nación y por el bien de la humanidad. La humanidad, por sus sabios, le ha reconocido como bienhechor suyo; pero la nación ¿qué ha hecho la nación por el hijo esclarecido? ¿Qué ha hecho Cádiz por su sabio? España no ha hecho lo bastante con recibir los ciento y cinco cajones que formaban los ejemplares de los reinos mineral,

vegetal y animal, restos de la Expedición científica de Mutis, amén de muchos manuscritos de éste; que fueron enviados desde Colombia a Madrid por el Pacificador D. Pablo Murillo.

Cádiz le ha dedicado una calle de las menos transitadas; pero ni tiene una estatua, ni un jardín, ni un edificio público que con su nombre recuerde a los gaditanos y a los visitantes de esta ciudad el amor al estudio y la dedicación al trabajo del hombre que supo mantener enhiesto el pabellón del honor nacional, formado con las variadas franjas de ciencias que iluminó su poderoso entendimiento.»

Largos aplausos premiaron el trabajo del Reverendo Padre Lahorra, que terminó con un sentido recuerdo a la memoria de su predecesor en el sillón académico, ilustrísimo Sr. D. Mariano Fernández Copello.



MONTEVIDEO.—(Uruguay)
Palacio legislativo. Entrada principal

Lee después su discurso de contestación el académico conciliario Ilmo. Sr. D. José Manuel Pérez-Sarmiento, Cónsul General de Colombia, y de él copiamos y extractamos lo siguiente:

«La esclarecida Orden de San Agustín, ganó, sin discusión posible, a la Religión de Cristo varias regiones de América, llevó y conserva alta la Cruz en las Filipinas, cuya conquista es la única que no ha costado a la humanidad una sola lágrima.

Menciona, al efecto, infinidad de nombres ilustres, varios santos de la Iglesia; Kempis, autor del mejor de los libros, *La imitación de Cristo*; fray Luís de León, el más grande de los líricos españoles, según afirma Menéndez y Pelayo; fray Diego González, cuyo nombre está unido a las crónicas gaditanas, popularísimo autor del *Murciélago aleroso*, y otras muchas eminencias; siendo oportuno recordar que fueron los agustinos los que más contribuyeron a la colonización y adelanto de América, como cooperan hoy mismo a estrechar los lazos de la intimidad hispano-americana.

Expresa que a nadie como a Mutis puede aplicarse la manifestación de un gran naturalista francés, refiriéndose a la Botánica, de que «en todos los tiempos ha tenido ella el privilegio de hacer santos y sabios: es una ciencia dulce, impregnada del perfume de las flores».

La vida de Mutis, como acaba de demostrarlo el Padre Lahorra, es altísimo ejemplo de ecuanimidad, de patriotismo, de abnegación y de amor. Todo benevolencia, todo desinterés; sin odios, humilde a despecho de sus grandes méritos, sin envidias y sin más ambiciones que las de trabajar por el buen nombre de España, hacer el bien a Colombia, su segunda patria, y laborar siempre, hora por hora, a cada instante en el campo científico de sus dilatadas y fecundas investigaciones.

De Mutis ha dicho un ilustre colombiano: «Amó mucho a América y al abrir nuevos horizontes a la juventud de la colonia, sentó la base de la generación moral y social de la Nueva Granada»: Y es una gran verdad.

Agradeciendo, por mi parte, muchísimo las palabras del Padre Lahorra y reconociendo los servicios eminentes que prestó Mutis a Colombia, he de recordar las gestiones por mí hechas a fin de erigirle algún monumento en Cádiz, en el Parque Genovés, y una copia en el jardín del Observatorio astronómico de Bogotá. Yo me dirigí al Gobierno colombiano quien aceptó la idea, pero luego, con mejor acierto que fui el primero en reconocer, se pensó que el mejor homenaje a la memoria del sabio gaditano, la manifestación más elo-

cuente de gratitud que su nombre inspira, era la publicación de su monumental obra inédita «La Flora de Bogotá» con los dibujos en colores, tal como los pintó la propia mano del naturalista eximio. Vino la guerra y todas las gestiones, como era natural, se entorpecieron. Ahora, pasada la hecatombe se volverá a insistir en los trabajos emprendidos y estoy seguro de que a lo menos Colombia no será ingrata con la memoria de su benefactor y sabrá decir siempre lo que a Mutis debe. Imitando la frase oportuna de Bolívar al referirse al héroe de Pichincha, cuando en lo venidero se pregunte a algún colombiano por José Celestino Mutis, el sabio gaditano, él sabrá contestar: «Murió en Bogotá y allí, en esa tierra, que es como tierra española, duerme su último sueño; pero vive, y vivirá eternamente en el corazón de todos los colombianos, agradecidos y patriotas.»

Recuerda luego los méritos del R. P. Lahorra, quien nació en Lerma, pintoresca población de la provincia de Burgos, el día 18 de Septiembre de 1873. Tomó el hábito agustiniano en el Colegio de Valladolid, el día 15 de Septiembre de 1889. Profesó de votos simples el 19 de Septiembre de 1890, y de votos solemnes el día 23 de Septiembre de 1893, en el Colegio de Santa María de la Vid (Burgos).

Dice que ha prestado eminentes servicios en Filipinas y en el Brasil. Agrega que es orador elocuente, escritor de estilo fácil y correcto, autor de varias obras, una de ellas «La Santa de los tiempos modernos y sus principales devociones». Es, además, poeta inspirado, y como tal ha sabido llevar a sus estrofas, dentro de una técnica sabia y discreta, los sentimientos más elevados del corazón que, como la ninfa de la fábula, serán siempre acariciados y permanecerán siempre vírgenes.

Prolongados aplausos premian también el discurso del Sr. Pérez-Sarmiento.

El Excmo. Sr. General Olaguer pronuncia después elocuentes palabras al colocar al P. Lahorra la medalla de la Real Academia. Tanto éste como el Padre Lahorra y el Sr. Pérez-Sarmiento son muy felicitados.

El acto ha resultado solemne y patriótico y por él damos nuestra cordial enhorabuena a la Real corporación que cada día adquiere más sólido y merecido prestigio por sus frecuentes trabajos a favor de la intimidad hispano-americana.

(De la revista «Colombia» de Cádiz).



La verdad sobre México

Una de las leyendas más injustas que se han creado en estos últimos tiempos, es la que nos presenta a México como una República en ruinas, sobre cuyos escombros soplan sin interrupción todos los vientos anárquicos.

La guerra europea, exasperadora de pasiones, contribuyó a acentuar esta opinión general, porque la neutralidad mantenida con tanto vigor como buen tino por aquel país contrariaba los planes imperialistas de algunas naciones que se creen llamadas a dirigir sin apelación los destinos del nuevo mundo y acaso también los del mundo viejo.

De aquí la conveniencia de reaccionar contra una corriente que, fomentada con destreza por agencias telegráficas determinadas y servida dócilmente por la Prensa, extravía a la opinión pública y la prepara para aceptar o excusar mañana los nuevos atentados que se puedan intentar contra la soberanía de la valiente nación azteca.

Las frecuentes noticias de levantamientos revolucionarios dan lugar a comentarios, a menudo injustificables, basados en el poco conocimiento que tenemos del estado en que se halla actualmente la República del Norte. Y la desconsideración que algunos dejan entrever hacia el país amigo, nace casi siempre del aislamiento en que vivimos, viejo generador de fantásticas leyendas, causa primera de la debilidad colectiva.

Se confunde a una nación de diez y ocho millones de habitantes, dueña de los más ricos territorios conocidos en el mundo, con pequeños núcleos de las Antillas; y México que, amenazado en su propia existencia y urgido por necesidades improrrogables, ha alcanzado una idea más panorámica del conjunto a que pertenece, tiene que sentirse herido por la despreocupación o el silencio. Cuando espera una estrecha compenetración de propósitos, advierte una falta fundamental de comprensión; y la fe que pone en el fraternal concurso que podríamos prestarnos algún día, vacila a menudo ante el sarcasmo que fluye de ciertas actitudes internacionales.

Semejante estado de espíritu ha sido determinado, repetimos, por largas prédicas tendenciosas. Pero la guerra europea nos ha hecho comprender la importancia concluyente que tiene la información para suscitar o enajenar simpatías. Todos sabemos que la opinión puede ser inclinada, dirigida, forzada o exaltada por la perseverancia de las indicaciones, por la forma de presentar los hechos, por la habilidad para graduar las situaciones, por la sutileza para desvirtuar sucesos contrarios,

por el conocimiento de la psicología de cada pueblo, por el movimiento del timón casi invisible que se puede dar, en fin, a la verdad, para que repercuta ampliamente en las conciencias y se ensanche en las almas, imponiendo determinadas direcciones colectivas. Y dado que de todo esto tenemos conocimiento, parece llegado el instante de desviar la corriente, rechazando la verdad que se nos da hecha, para hacernos, con nuestros elementos, una propia.

Se trata, en realidad, de una campaña bilateral. Si leyéramos lo que a México se telegrafía sobre España o sobre la América de origen español, comprenderíamos la verosimilitud que puede tener lo que a nosotros nos cablegrafían sobre México. Mientras estuve en la capital azteca, marqué en rojo en los diarios noticias curiosas. La Argentina había declarado la guerra a Alemania el 20 de Abril de 1917; Chile se preparaba a atacar a Bolivia, en la Patagonia se había descubierto una nueva especie de mono chimpancé, y en España se había proclamado la República. Nada se decía de nuestra vida superior, de nuestra actividad creadora, de nuestro progreso, a pesar de la ansiedad con que se lee en aquella tierra cuanto atañe a las naciones afines. El cable sólo vibra para transmitir invenciones o comentarios que deprimen, desalientan y anarquizan.

En Puebla me preguntaron si quedaba algún diputado vivo en el Perú, porque un conflicto electoral en que pereció el Sr. Grau, había sido transmitido por las agencias norte-americanas en la siguiente forma: «Veintisiete diputados muertos y los demás en fuga.» Por otra parte, he podido comprobar, personalmente en México, la absoluta inexactitud de ciertas noticias que nos envían con toda seriedad.

En Santiago y en Buenos Aires, se anunció, por ejemplo, que el general mexicano Obregón se había levantado en armas, en el momento preciso en que este jefe se despedía cordialmente del Presidente Constitucional para ir a descansar a su propiedad de Sonora. Hasta se tablegrafió que yo mismo había sido desautorizado por el Gobierno de México, coincidiendo la información con un almuerzo que me ofrecía el Presidente en Chapultepec. Agencias de información ajenas a nuestras palpaciones, desprestigian así a España y a la América del Sur en México y deprimen a México en España y en la América del Sur. No discuto el sistema, porque no estamos ahora haciendo moral, sino presentando una situación; pero la opinión serena debe ponerse, al fin, en guardia; porque es evidente que, de este estado de cosas nacen los malentendidos dolorosos, las agrias reservas y las

apreciaciones inexactas, que hacen cada vez más profundas las grietas, más diferentes las órbitas de evolución y más distantes la realización de los ideales fecundos.

Esto es tanto más grave, cuanto que si en hora suprema necesitaran nuestras Repúblicas desarrollar una acción simultánea, los resortes de junción y enlace no podrían funcionar, falseados como se hallan por el engaño. Batidos en detalle, tendríamos que asistir entonces impasibles a todo lo que no se hubiera podido enunciar siquiera ante una América diplomáticamente unida y solidariada con España.

Por eso conviene desvanecer estos errores. Y yo creo cumplir con un alto deber moral, diciendo toda la verdad sobre la República mexicana, para que se sepa, al fin, algo concreto sobre la comarca de leyenda, que parece naufragar entre una inverosímil superposición de cataclismos y catástrofes.

En realidad, la única desgracia de México ha sido su extraordinaria riqueza.

Imaginad minas inagotables y fabulosas que producen todos los metales conocidos y parecen multiplicarse al conjuro de cada nueva sangría; bosques enormes poblados de maderas preciosas, solicitadas por todas las naciones del mundo; verdaderos océanos de sisal, que bastarían para hacer la prosperidad de un Estado; costas privilegiadas, donde se realiza la pesca más fructuosa y abundante; campos fértiles, en los cuales triunfan variados cultivos, desde el tabaco y el café, hasta el trigo y el algodón; ganadería sana y prolífica; los yacimientos de petróleo más valiosos y fantásticos de la tierra; imaginad las cascadas, que ofrecen gratis la fuerza motriz, las piedras preciosas casi al alcance de la mano, hasta las aves y las flores, que se escalonan, según las zonas, en un territorio que abarca temperaturas tórridas, climas templados y fríos glaciales, con arenales y praderas, con ríos caudalosos y montañas de 5.000 metros de altura, con puertos naturales sobre los dos océanos sobre el mar Caribe, centro de un portentoso comercio mundial y sobre el Pacífico, ruta directa del Japón, destinado a ejercer mañana tan benéfica influencia sobre el Continente; imaginad, digo, todo esto en millas 800.000 cuadradas (la extensión de Francia, Inglaterra, España e Italia juntas), y decidme si no nos hallamos en presencia de una tentación para todos los apetitos.

Durante los treinta años del gobierno del general Díaz, bajo la férrea paz, que todo lo subordinaba a la dominación individual, el país progresó, haciendo un esfuerzo, como puede crecer un

árbol, a pesar del muro que lo detiene, deslizando sus ramas vigorosas por entre los intersticios de las piedras. La libertad de pensar, la de escribir, hasta la de trabajar, estuvieron supeditadas al acatamiento y a la previa genuflexión ante el tirano, que obstaculizaba la instrucción pública, amordazaba las conciencias y detenía todos los brotes, atento, sobre todo, a afirmar su preeminencia y su poder.

La salud creadora hizo que, como reacción de la voluntad popular contra la sujeción política, se produjera el levantamiento de 1910, que después de largas vicisitudes y sangrientos conflictos, ha venido a culminar en el Gobierno actual, nacido de una nueva constitución y legalizado por Cámaras surgidas del voto libre.

La formidable sacudida, con sus altibajos de triunfo y de retroceso, en su lucha contra las formas diversas de reacción, dió lugar, naturalmente, a crueles batallas, sumarias, ejecuciones, vastos incendios, lágrimas, luto, devastaciones innumerables, a todo lo que consigo trae una guerra civil apasionada, que crea bandos irreductibles, y en el curso de la cual surgen ambiciones estridentes y desviaciones peligrosas que es necesario sofocar en germen, para bien de la causa superior.

De este terremoto social que cambiaba la faz de un país se ha sacado argumento para desacreditar a México, desconociendo los móviles elevados y las acciones brillantes, para no comunicar más que los crueles detalles inevitables en toda contienda armada. En Inglaterra, en Francia, en Italia, en Rusia, durante parecidas conmociones, se ha ejecutado monarcas, se ha incendiado palacios, se ha hecho saltar vías férreas, se ha destruido políticos, se ha herido intereses nacionales y extranjeros; y esas tempestades, que han durado a veces más que la que acaba de abatirse sobre México, no nos han hecho pensar nunca que esos países sean ingobernables. ¿Por qué nuestros pueblos, que no están exentos en su muy cercano pasado de análogas violencias, han de extremar la severidad del juicio para condenar al hermano que sólo ha querido unirse a ellos en la libertad?

Yo acabo de recorrer la tierra mexicana de Norte a Sur y de Este a Oeste, en todas sus direcciones, en sus provincias más apartadas, atravesando las zonas que se señalan como especialmente peligrosas, y puedo afirmar perentoriamente que no he encontrado nada de lo que nos cuenta el cable. He visto, desde luego, edificios carbonizados, he comprobado que algunas líneas de ferrocarril se resienten de la escasez de locomotoras, he advertido los perjuicios que en la producción y en el comercio ha tenido que causar la lu-

cha; pero estos efectos inevitables de toda honda subversión sólo aparece como rastro de un pasado doloroso que la actividad general, el orden ya asegurado y la reconciliación ciudadana, no tardarán en borrar completamente. Lo que asombra, por el contrario, en este orden de ideas, es la vitalidad inverosímil del país que ha podido soportar tan peligrosa crisis y salvar tan cruentas dificultades sin comprometer su salud y su energía.

No puedo ni debo tener opinión en las luchas internas del pueblo mexicano: no me hallo ligado a ningún partido, y he sido allá, más que el huésped de un Gobierno, el huésped de una juventud. Pero no sería justo dejar de admirar el tacto, la serenidad y la firmeza con que el régimen actual ha sabido sobreponerse a las pasiones, equilibrar los espíritus y doblar las resistencias que siempre perduran por terquedad o por ambición después de una revuelta. El ejército de Villa, que llegó a contar en el norte con más de 30.000 combatientes, ha quedado reducido a un puñado de montoneros que huyen por las montañas, perseguidos por el general Murgía; la revolución anárquica que Zapata encabezaba en el sur con la bandera empírica de la repartición, se ha ido anemando gradualmente con la defección de numerosos jefes y la muerte del caudillo. El orden y la disciplina se van extendiendo gradualmente, y, mirada al margen de las víctimas y los perjuicios materiales, en su alta significación filosófica y moral, la revolución ha sido un gran beneficio; porque además de los derechos ciudadanos, ha devuelto al pueblo de México la conciencia de su poder, trayendo a la superficie las verdaderas fuerzas vivientes de la nacionalidad en una renovación de perspectivas que se caracteriza por tres direcciones; igualdad democrática, protección a todo lo nacional y extrema resistencia a la invasión del imperialismo.

He ido a México en tres ocasiones: en 1901, durante el gobierno del general Díaz; en 1911, coincidiendo con la breve presidencia del Sr. Madero, y en 1917, dentro del actual Gobierno constitucional; de suerte que puedo hablar con conocimiento de causa, porque he visto a ese país en los tres momentos culminantes y significativos de su evolución: primero, con la dictadura caprichosa del hombre que, en su ocaso, sin los arrestos de antes, parecía comunicar al país su propia decrepitud; después, con el valiente y admirable iluso, irritable e inexperto, que el azar puso a la cabeza del país durante unos meses, como producto inicial de la desorientación de un pueblo que, después de treinta años, recupera la libre disposición de sí mismo, y, por último, con el resultado final

del movimiento, expurgado y puntualizado por una larga conmoción complementaria, que ha llegado, por medio de alimentaciones sucesivas, a concretar el anhelo general.

Y con este conocimiento global del proceso político de México, puedo afirmar que la igualdad democrática, la primera dirección a que me refiero, fué la que más anheló el pueblo desde los comienzos, porque era en los comicios donde esperaba encontrar el remedio a los males que le aquejaron desde la colonia hasta la dictadura. Bajo este punto de vista se puede decir que se han cumplido sus esperanzas, porque en la floración de hombres jóvenes que gobierna a aquel país se ha hecho carne la idea de la equivalencia, como lo probó el general Cándido Aguilar, al renunciar el Ministerio de Relaciones Exteriores, porque, debiendo casarse con la hija del presidente, se podía hablar de nepotismo, como lo ha evidenciado el general Obregón, al recompensar al agente de Policía que detuvo su automóvil, declarando que «un ministro de la Guerra tiene que acatar las disposiciones municipales al igual de cualquier ciudadano»; como lo atestigua el mismo presidente al seguir viviendo en su casa particular y el reservar exclusivamente para los actos oficiales las pompas y ceremonias del Palacio de Chapultepec.

En lo que respecta a la segunda dirección, o sea a la protección a todo lo nacional, ella no puede afirmarse ahora más abiertamente. Lo que más admira al que por primera vez llega a aquel país, es la multiplicidad de aptitudes, la facilidad de iniciativa, el talento de adaptación que lleva a todos a ensayar y dirigir con éxito sus energías en las más diversas ramas de la actividad humana, hasta en aquellas que parecen ajenas a las preocupaciones actuales de la América latina. Nos sorprende, primero, la industria popular, espontánea, difundida, tenaz, saludable, que teje mantas primorosas; crea, para los niños, juguetes de positivo ingenio, manipula la seda con maestría, burila metales, construye muebles y prolonga el prestigio perdido de los antiguos artesanos. Nos maravilla, después, el empuje y la audacia de las grandes empresas, que, como la fábrica de hilados y tejidos de Orizaba, emplea más de 4.000 obreros; que como las cervecerías de Toluca, abastecen a todo el país de ese producto; que como las nuevas Compañías de cintas cinematográficas, se imponen dentro de las fronteras y desalojan a la producción similar extraña. Esa fuerte y vigorosa tendencia a limitar en cuanto sea posible las importaciones y a hacer que el nacional sustituya a los profesionales extranjeros, se advierte hasta en los ferrocarriles, donde todos

los empleados son mexicanos, y se halla fuertemente apoyada por el Gobierno, que presta especial atención a los liceos profesionales para niñas, de donde salen modistas, ayudantes de farmacia, etc.; que acaba de fundar la escuela de industrias químicas, de la que surgirán, dentro de poco, tintoreros, licoristas, etc., y que dirige, cada vez con más vigor, a la juventud hacia los estudios prácticos y de utilización inmediata para el progreso material del país.

En esto no hace, después de todo, más que obedecer al instinto general encarrilado en ese sentido, como lo prueba el hecho de que el que estas líneas escribe haya podido asistir a una audición de la ópera *Aida*, representada con gran éxito por cantantes, coros, decoradores y hasta orquesta exclusivamente mexicanos, y haya tenido, al entrar a un circo, la sorpresa de comprobar que toda la compañía, desde el empresario hasta el último juglar, eran nacidos en el país. Señalo el hecho porque los detalles, aparentemente pequeños, preparan las cosas grandes. Hay en México fábricas de papel, baúles, camas de bronce, cuchillos, porcelana, conservas, y algunas de las marcas de cigarros que se manufacturan en el país con tabaco nacional pueden competir con las mejores de la Habana. Pero lo que mejor da la medida de la capacidad creadora de México son las manufacturas de cartuchos y los talleres de aviación. Los he visitado detenidamente. En la primera, se funden y se concluyen, en sus menores detalles, hasta los útiles para elaborar los proyectiles, de tal suerte, que la fábrica no sólo reemplaza las piezas que se deterioran, sino que hace nuevas máquinas cuando quiere ampliar su producción. En los talleres de aviación, donde se ha inventado la nueva hélice «Anahuac», que ha sido experimentada con éxito en Sudamérica, se construyen los aeroplanos con materiales exclusivamente del país, desde la madera y la tela, hasta el motor mismo, cosa que ningún otro país ha intentado aún en la América latina.

Estos detalles, acaso minuciosos, sirven para probar con hechos, que tienen siempre más eficacia que las palabras, la poca consistencia de la opinión que predomina con respecto a México. En medio de un desbarajuste como el que nos describe el cable, no nacen o se mantienen estas floraciones sanas y prometedoras que exigen atmósfera equilibrada y tranquilidad. Y aun en el caso de que los desconfiados sigan dando crédito a las fantasías a que nos referimos, ¿no sería esta múltiple actividad y este estado creciente de progreso una prueba más del vigor indomable de ese pueblo, que en plena crisis social y en medio de las heca-

tombes, mantiene e intensifica las actividades de su vivir, alimentando a la vez la lucha armada en el campo abierto de sus reivindicaciones políticas, y la lucha pacífica en el campo más abierto aún de sus anhelos de bienestar?

Los que muchos olvidan es que de los diez y ocho millones de habitantes que tiene México, apenas cien mil habrán tomado parte en los diversos movimientos armados. La masa neutra y creadora ha simpatizado seguramente con uno o con otro bando, pero no ha interrumpido su labor ordinaria en el múltiple entrelazamiento de actividades que constituyen la base de un país. Además, la contienda no se ha extendido nunca a todos los ámbitos de la República. Ha habido, por una parte, batallas, incendios, ruinas, pero ha habido por otra nacimientos, construcciones, fortunas que se levantaban. Y la misma sacudida ha sido a veces favorable, porque al subvertirse el orden establecido, han llegado a la superficie fuerzas nuevas que de otro modo no hubieran podido abrirse paso.

El rápido acceso de hombres muy jóvenes a la dirección de los asuntos públicos, no es ajeno seguramente a la orientación enérgica y altiva que ha tomado la política internacional de México. Ese pueblo indomable que en momentos de hambre se negó a aceptar los víveres que desde los Estados Unidos le enviaban ciertas Sociedades benéficas, y que a raíz del desembarco en Veracruz ató la bandera norteamericana a las patas de un caballo y derribó la estatua de Washington, está desarrollando hoy la diplomacia más entera e independiente de la América latina. Después de la nacionalización de los ferrocarriles (México posee diez mil millas de vía férrea), que tanta trascendencia tiene y tanto esfuerzo significa, se ha proseguido gradualmente obra de emancipación total. El artículo 27 de la nueva constitución establece que ningún extranjero podrá adquirir tierras en las fronteras terrestres ni en las costas de México, extendiendo la zona prohibida a 50 kilómetros para las primeras, y a 100 kilómetros para las segundas. Esta enérgica decisión, cuyo fin no es posible dejar de advertir, se completa y se caracteriza más ampliamente con otra, según la cual todo extranjero que compre propiedades, implante industrias o se cree intereses de cualquier género en el resto de México, renuncia por ese solo hecho y de una manera inapelable a toda reclamación que pudiera intentar después por medio de su respectivo Gobierno, sometiéndose implícitamente, en caso de cualquier conflicto, a las decisiones de los Tribunales del país.

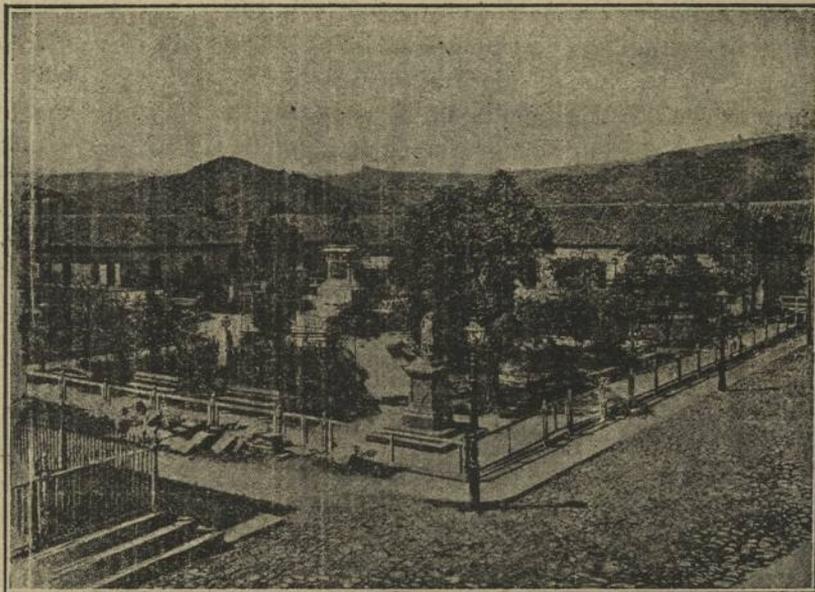
La tendencia a abandonar todo encogimiento

y a tratar de igual a igual con los países poderosos, preservando los desarrollos futuros de la nacionalidad, la advertimos hasta en la actitud que tomó la Cancillería de México ante la insinuación que se le hizo desde Washington para que evitara mi llegada al país. «La Universidad le ha invitado y le recibimos; pero si ese Gobierno tiene especial interés en que no venga—se insinuó—, en su mano está impedirle pasar por Panamá.» Y parece que, el presidente sonriendo con su habitual placidez y acariciando su barba blanca, añadió en broma: «Dejando de lado el fondo de la cuestión, hay que reconocer que no habría reciprocidad alguna si yo accediera, porque los Estados Unidos no han expulsado todavía de su territorio a los que allá hablan contra México y contra mi Gobierno.»

La figura del general Carranza es, sin duda alguna, la que con trazos más vigorosos se acusa hoy en el escenario internacional de nuestra América. Gobernador de un Estado en tiempo de la usurpación de Huerta, se levanta en defensa de la legalidad, y con escaso número de partidarios se lanza a defender su credo. Jefe de la revolución, conserva en el entrevero de las pasiones desencadenadas su altiva imparcialidad, y domina la anarquía fomentada desde fuera estableciendo un Gobierno regular, después de dispersar las montañas de Villa y de Zapata. Defensor, ante todo, de la integridad nacional, combate los abusos de las Empresas financieras, y rehusa los cuantiosos empréstitos que le ofrecen los Estados Unidos. Con la militarización de las escuelas, y el adiestramiento de 200.000 jóvenes en el manejo de las armas, prepara la intangibilidad futura de su nación y fortifica el rompeolas de la América hispana. Yo lo he visto familiar a la vez que severo, dentro de la plenitud de su autoridad democrática; me ha sentado a su lado, he conversado con él sobre todos los tópicos que interesan al Continente, y tengo la impresión segura de que se trata de un hombre superior, severo y conciliante, que sólo desea la paz, que desdeña las pequeñas preeminencias efímeras, que no tiene animosidad contra ningún pueblo, pero que está dispuesto a todos los sacrificios y todas las audacias en defensa de la integridad del suelo natal y de la fraternidad de nuestra República. Su férrea energía se probó cuando su hermano, el general Jesús Carranza, fué hecho prisionero por una facción revolucionaria.

El jefe insurrecto se creyó dueño de la situación. «O me entregan la plaza—dijo—o fusilo al hermano del presidente.» D. Venustiano Carranza no vaciló un instante: «Primero está mi patria que mi hermano.» Y gracias a ese supremo sacrificio, se salvó México de caer en manos de Pancho Villa.

Carranza ha convocado a elecciones legales; ha llamado del destierro a los compatriotas de todos los bandos que no amenazan la tranquilidad pública; ha realizado el primer empréstito interno



HONDURAS (Tegucigalpa).—Parque Central

que se conoce en la América latina, libertándose así de la tutela del capital extraño; ha levantado la instrucción pública a un nivel en que nunca estuvo en aquel país; ha sacado, en fin, ileso su nacionalidad de la más peligrosa conmoción que haya sufrido una República en el Continente.

Lo que ha dado origen en realidad a la campaña de desprestigio que se ha emprendido contra México y contra su Presidente, campaña que ha llegado hasta utilizar el cinematógrafo para alcanzar sus fines, es la resistencia irreductible que aquel país, obedeciendo a las inspiraciones de su mandatario, opuso a ciertas presiones internacionales, resistencia que se prueba hasta con el hecho de que mientras tantas Repúblicas lejanas cedieron ante sugerencias más o menos artificiosas, siguió manteniendo audazmente México, limítrofe con los Estados Unidos, su irreductible neutralidad frente a la contienda europea.

Basta reflexionar un poco para comprender que no se halla México bajo ningún concepto en la situación que dejan entrever los cables. La noticia de la toma de Puebla por el general Blanquet, desmentida después oficialmente, dió una idea de los procedimientos empleados. México ha proba-

do en los últimos tiempos su respeto a la intelectualidad, recibiendo suntuosamente a escritores como Altamira, Rubén Darío, Julio Flores, Chocano, González Blanco, Villaespesa y Salvador Rueda; ha sancionado sus preocupaciones de cultura suprimiendo las riñas de gallos y el consumo del pulque, bebida nacional que hacía grandes estragos en el pueblo, y ha dejado constancia de su cultura a los principios dictando la Constitución más democrática y más nacionalista de América. Esto en cuanto se refiere al progreso moral. En lo que toca a la pretendida bancarrota económica y a la miseria del país, bastan tres datos para restablecer la verdad: He asistido en la capital a un corso de flores, en el cual tomaron parte cerca de mil automóviles; la Compañía de ópera que ha actuado este invierno en el teatro Arbeu, y en la cual figuraba el tenor Constantino, hacía pagar la butaca por cada representación veinticinco pesos, y la circulación monetaria es exclusivamente de oro y plata, valiéndose el peso mexicano medio dólar.

Quien pisa aquella tierra advierte en seguida el florecimiento y la reacción viril que han provocado las heridas recibidas y la resolución con que se encaran en este momento todas las contingencias, como quedó probado hace tres años en el Carrizal, cuando las tropas mexicanas envolvieron y derrotaron a la columna del general Pershing, que se obstinaba en internarse hacia el Sur, a pesar de las repetidas advertencias del Gobierno.

El presentimiento de un choque, que algunos juzgan irremediable, ha exasperado en la espera el espíritu de sacrificio, y el pueblo, forjado en los conflictos de invasiones repetidas y emperadores fusilados, saca a la superficie todas las energías de su ser, porque advierte quizá un enrarecimiento del aire que anuncia nuevas tempestades. Los ciudadanos norteamericanos que se habían radicado en el país abandonan sus empresas y emigran, como si obedecieran a una palabra de orden. Nadie puede saber lo que el porvenir depara a México, pero los tristes voceros de abatimiento y de abandono, los predicadores del destino manifiesto y las fatalidades geográficas, los crédulos servidores de todos los sofismas inventados por el indiferentismo patriótico, se equivocarán seguramente.

Recia atalaya de todas nuestras Repúblicas, México no caerá por tres razones: primero, por el patriotismo indomable de sus hijos, cuya historia es garantía de altivez; segundo, por la entereza y el patriotismo de su Gobierno, que ha roto gallardamente con todo lo que podía parecer protectorado, y tercero, porque esa es la voluntad ibero-

americana, razón esta última que debemos prepararnos a defender colectivamente.

Después de la pérdida de la mitad de su territorio en 1845 y 1848; después de las invasiones recientes por Chihuahua y por Veracruz; después de la presión ejercida a raíz de la guerra para arrastrar a México a una aventura, ninguna persona sensata puede dejar de adivinar la situación y comprender cuál es el origen de las inexactitudes con que se trata de desprestigiar a México.

La razón y el buen sentido bastarán para rechazar las leyendas tendenciosas que circulan, y acompañaremos a ese país con nuestras simpatías en todas las dificultades, porque el drama de México es, a mayor o menor distancia en este siglo, el drama de todas las Repúblicas de origen hispano, porque el drama de México es el drama de la misma supervivencia del espíritu y del alma española en el Nuevo Mundo.

Manuel Ugarte

(Revista *Cervantes*, Junio 1919.)



DEL MONASTERIO DE LA RÁBIDA

La puerta de entrada se abre en la fachada de Levante del edificio, y forma un arco de medio punto que se apoya en dos columnas; continúa siendo la principal y la propia por donde entró Colón la primera vez, acompañado de su hijo Diego, cuando se dirigían a Huelva para ver a Miguel Muliarte, esposo de Violante Muñiz, cuñada del navegante januense, a fin de confiar al matrimonio el niño Diego, y así su padre continuar con mayor libertad sus gestiones de encontrar gente y dinero para la realización de sus atrevidos planes, no comprendidos ni estimados por el rey D. Juan II de Portugal.

Difícil es precisar la fecha exacta en que Colón cruzó por primera vez tan histórica puerta; en casi todos los libros de Historia de España se salvó la dificultad consignando de manera vaga la llegada de un extranjero a la Rábida, sin precisar siquiera el año. Por la fecha del IV centenario del descubrimiento, que, como es sabido, se publicaron excelentes libros referentes a la epopeya colombina, ya algunos escritores trataron de poner en claro tan interesante extremo; así, el malogrado académico de la Historia y capitán de navío de la Armada D. Cesáreo Fernández Duro, en su notable libro «Pinzón en el descubrimiento de las Indias Occidentales», dedica a este asunto la debida atención; a este efecto, y fundándose en cierta de-

claración que prestó el Físico de Palos, García Hernández, deduce, con ella a la vista, que Colón llegó al monasterio en 1491; pero el Sr. Rodríguez Pinillo, autor de la obra «Colón en España», estudió aún más concienzudamente la citada declaración, y, después de calificarla de exornación burda, aunque algo dramática, con lo que García Hernández quiso dar color e importancia a su relato, afirma plenamente que no puede señalarse la fecha de 1491 como la llegada de Colón por primera vez al santuario, ya que en otra bastante anterior debió el insigne genovés buscar allí asilo cuando venía de Portugal desahuciado en sus pretensiones. Por último, el ilustre arquitecto y sabio orientalista Sr. Velázquez Bosco, en su reciente libro «El Monasterio de Nuestra Señora de la Rábida», estampa, basándose en datos irrefutables, que D. Cristóbal, con su hijo Diego, se hospedaron en el convento cuando venía de Portugal en 1484.

El claustro del monasterio tiene pinturas de la época colombiana, de indudable mérito, y se comunica con la iglesia por una puerta abierta al S. E.; a la izquierda se levanta una escalera cuyas paredes llevan un alto friso pintado con excelente dibujo y colorido; dicha escalera da acceso a la habitación llamada celda del Padre Marchena, y en la que realizaba sus estudios el ilustre Fray Antonio, astrólogo insigne y figura relevante del descubrimiento, cuya actuación a favor de Colón fué tan eficaz que el propio almirante de Indias, tan avaro en el elogio para los españoles que le acompañaron en su primer viaje a Occidente, y en general para cuantos le favorecieron, en cierta carta que dirigió a los reyes desde la Española, decía: «Ya saben Vuestras Altezas que anduve siete años en su Corte importunándolos; nunca en todo este tiempo se halló piloto, ni marinero, ni filósofo, ni de otra ciencia, que todos no dijese que mi empresa era falsa; que nunca hallé ayuda de nadie, salvo de F. Antonio de Marchena»...

La galería del claustro es obra de mediados del siglo XV, y, al decir del ilustre restaurador del convento Sr. Velázquez Bosco, resulta lo más completo que se conserva de la fundación. La galería la forman elegantes arcos de medio punto sostenidos por columnas octogonales, siendo de ladrillo toda la construcción, que es de puro estilo mudéjar; sin duda, los artífices de la maravillosa galería pensaron guarnecerla y pintarla como lo hicieron en todo el claustro, y así se conserva en la región andaluza el del ex convento de Santiponce.

Al penetrar en el patio del convento y examinar desde él la célebre galería, los ojos más profanos en materia de arte se sienten maravillados

de la proporcionalidad de sus líneas, de la belleza del conjunto y de la pureza del estilo de aquel género de Arquitectura, del que no existe en España modelo más completo que el del insigne monasterio que cobijó bajo sus artesonados techos al descubridor del Nuevo Mundo.

José L. H. Pinzón



MUSEO AMERICANO

El cuarto Centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes y su celebración por Chile.

El 2 de Noviembre de 1920 cumpliránse cuatrocientos años, desde aquel memorable día, en que el navegante portugués al servicio de España, Hernando de Magallanes, con tres naves españolas tripuladas por marinos de la misma nación, exploró y descubrió el Estrecho que lleva su nombre, y que une al mar Atlántico con el Pacífico en la zona más austral de América.

Nuevo Colón, cúpole a España la gloria de facilitarle los elementos para realizar la gran empresa de aventuras y descubrir esa nueva ruta, y de completarla, siendo el primero en dar la vuelta al mundo, hazañas ambas no superadas por nación alguna, como muy bien dice un ilustre historiador chileno, el distinguido y actual Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, D. Luis Barros Borgoño.

Esta gloria como tantas otras semejantes, cuya honra es para España y cuyo provecho es para la humanidad entera, que tantos frutos de ellas saca hoy, corresponden a esa nación sindicada injustamente de retardataria, casualmente por los que más ricos y desahogados de fortuna y quehaceres, no se arriesgaron a empresas desconocidas, sino cuando ellas fueron audazmente vencidas por quien tenía sobra de corazón y cerebro, y falta de egoísmo y temor.

No importa la nacionalidad de los iniciadores de la idea, antes bien importa mucho para España que los acogió el que ellos fuesen extranjeros, pues así su generosidad se agiganta más, desde el momento en que ella no tuvo reparos en la desconfianza con que esos genios fueron desechados por visionarios, de sus propios y ambiciosos lares.

Sin embargo, alguien, aún hoy con espíritu menguado tiene empeño al hablar de estos acontecimientos gloriosos, en resaltar con colores muy vivos y maliciosos, la nacionalidad genovesa de Colón y la portuguesa de Magallanes, con la marcada y pueril intención de restar lauros a España, siendo que con ello más se destaca su amor a la ciencia y su celo por las glorias humanas, pues lejos de detener la extranjería de sus protegidos,

y el haber ellos sido desechados de sus propias Patrias, dijérase que ambas cosas fueron un ali-ciente y un título de confianza en el arriesgo de las atrevidas empresas que ellos le proponían.

La ciencia histórica, se está encargando de dar la razón a España y a la obra vindicadora de Lum-mis, Gavlor Bourne y otros, sigue la de los histo-riadores hispano-americanos, que no pueden sus-traerse a la razón y al derecho, y sin acreditarse de retardatarios y mal intencionados, no pueden dejar de decir a sus pueblos la verdad, sacando a las nuevas generaciones del error histórico y de la injusticia en que hasta ahora por fines políticos y extrañas complacencias, a las generaciones actua-les hubieron mantenido intencionadamente, los historiadores antiguos.

El Gobierno actual en Chile, reconociendo este deber, ha elaborado de antemano un programa de festejos para conmemorar tan dignamente como las circunstancias lo permitan, el cuarto centenario del descubrimiento del Estrecho de Magalla-nes, y al efecto, llevará a cabo esa conmemora-ción en la ciudad de Punta Arenas, solemnizándola con la apertura de una escuela modelo que lle-vará el nombre del descubridor, con la erección de un monumento a su memoria y con otros festejos no menos simbólicos y edificantes.

Se agrega, que el Gobierno chileno invitará especialmente a estas fiestas a los Gobiernos de España, Inglaterra, Argentina, Estados Unidos de Norte América y a las demás naciones de este Continente, para que se hagan representar por Embajadas especiales, no olvidando tampoco al Gobierno portugués.

La escuadra chilena, en unión de unidades de las Armadas de las naciones representadas, darán brillo a este acto conmemorativo, ya que por su carácter naval deben ser las escuadras los prime-ros concurrentes, y así, el Estrecho, como la her-mosa bahía de Punta Arenas, presenciarán la apo-teósis que se hará al navegante y a la nación que llevó a cabo tan grandiosa y arriesgada empresa.

Si no olvidamos que un barco acorazado de guerra de la Armada española fué el primero en atravesar el referido Estrecho en horas no muy gratas para España y con asombro del mundo na-val, tendremos, que la presencia de la Armada es-pañola en esa fiesta, si no figurara con gran po-der por su número y cuantía ofensiva, si resaltará como una apoteósis doblemente merecida a Espa-ña, por los datos históricos apuntados, y que la ponen de relieve como primera figura de esa con-memoración.

Conviene hacer una salvedad en este progra-ma, y ella es, la muy sugestiva, de que así como

en el Centenario de la Independencia chilena, en 1910, la colonia española de Chile obsequió el único monumento que hay a un conquistador es-pañol, a la vez el primer bardo chileno, a D. Alon-so de Ercilla, así también en este centenario, el monumento a Magallanes se hace con dinero es-pañol y merced a la noble iniciativa y generosidad de un español ya fallecido, D. José Menéndez, quien en su testamento consignó la bonita suma de 150.000 pesos oro para esa erección.

Cuanto monumento a gloria alguna española hay en tierra americana, se debe, y ello es justo consignarlo en aras de la verdad, por reflexiva y amarga que a los españoles nos parezca, se debe, repito, a la iniciativa y dinero español, sin que para nada entre la intención americana, a no ser más que para recibir el óbolo y agradecerlo, como es de protocolo, y en esta ocasión no podía tam-poco faltar este detalle lisonjero y amargo por otro lado, a nuestro recuerdo en América.

Entiéndase que al decir esto, no lo hacemos como reproche, sino como observación muy digna de tomar en cuenta, observación de la que lo amar-go debe servirnos de lección, y lo lisonjero de es-tímulo.

En cambio, las colectas públicas y valiosas pro-reparación de Francia, demuestran que la la-bor de divulgación y de penetración ha sido muy honda, a pesar de no tener esta nación en el acer-bo de América más haber que el de una compla-cencia muy interesada y lucrativa.

En cuantas calamidades públicas afligieron a España, fué el dinero de los españoles de Améri-ca el que restañó las lágrimas y los dolores, la sangre y las heridas, como fué el brazo del espa-ñol emigrado, el que generoso acudió a defender el suelo patrio y su integridad donde quiera que hubo un motivo para ello, sin que en ninguna aflicción otro alivio viniera sino en forma muy du-dosa y platónica, algo que nos honra, pues ello demuestra que nos bastamos en todo y que nos sobran con exceso los bríos para hacer caridad con los demás, sin aceptar para nada otro favor alguno que no sea la justicia a nuestro derecho injustamente arrebatado, por el delito de no dispo-ner de una flota capaz de obscurecer el sol.

Nuestras glorias se imponen por sus propios méritos, y ellas son nuestro mayor galardón por-que ese es eterno y nos acredita de haber sido la nación más generosa y más arriesgada de cuantas hoy, a pesar de su gran poder militar, jamás po-drán emular a España en sus más pequeñas y me-nos en sus grandes y altruistas empresas, las que si a los españoles nos sirven de legítimo orgullo, también nos deben servir de elocuente lección pa-

ra el futuro, pensando algo más en nosotros que lo que hemos pensado hasta ahora.

Javier Fernández Pesquero

Santiago de Chile, Junio 1919.



AMADO NERVO

Honda emoción experimentó el mundo hispanoamericano al difundirse por él la inesperada funesta nueva del prematuro fallecimiento de Amado Nervo: emoción lógica, pues en este poeta, muertos Darío y Rodó, se encarnaba la más alta personificación de la cultura literaria de la América española y podía su nombre figurar, con sonados timbres, al lado de los más preclaros vates de la raza.

Nervo había perdido su nacionalidad para universalizarse. Nervo pertenecía por igual a todos los pueblos que hablan el idioma de Cervantes.

Es posible que muchos itero-americanos no supieran contestar sobre la patria nativa de Nervo; ninguna persona de mediana cultura dejaría de responder inmediatamente a la pregunta: ¿Quién es Nervo? Diciendo, poco más o menos: «Amado Nervo es una gloria de la poesía castellana.»

Nervo nació en México; era compatriota de Juana de Asbaje, sor Juana Inés de la Cruz, la décima musa, tan primorosamente biografiada por él en un libro del que por cierto dedicó las primicias a la *Unión Ibero-Americana*, leyendo en ella varios capítulos antes de publicarlo.

«Nací en Tepic, pequeña ciudad mexicana de la costa del Pacífico—dice el poeta en una autobiografía—, el 27 de Agosto de 1870. Mi apellido es Ruíz de Nervo; mi padre lo modificó encogiéndolo. Se llamaba Amado, y me dió su nombre.

Resulté, pues, Amado Nervo, y esto que parecía pseudónimo—así lo creyeron muchos en América—, y en todo caso era raro, me valió quizá no poco para mi fortuna literaria. ¡Quién sabe cuál habría sido mi suerte con el Ruíz de Nervo ancestral, o si me hubiese llamado Pérez y Pérez. En cierta ocasión, siendo aún muy niño, una hermana mía encontró mis versos hechos a hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo escape a un rincón. Mi padre frunció el ceño, y eso fué todo. Un poco de rigidez, y hoy sería quizá un hombre práctico. Habría amasado una fortuna con el dinero de los demás, y mi honorabilidad y seriedad me abrirían todos los caminos. Pero mi padre sólo frunció el ceño...»

Por los años de 1884 al 87 estuvo Nervo en el Seminario de Jacoña estudiando Teología, con ánimo de consagrarse al sacerdocio.

Muerto su padre, interrumpió sus estudios, poniéndose al frente de los negocios de la familia. Por entonces comenzó a dedicarse al periodismo, primero en *El Correo de la Tarde*, de Mazatlau; luego en periódicos de la capital; más tarde como corresponsal en París...

Después; después, también él lo dijo en el

álbum de una de sus admiradoras:

«¿Versos autobiográficos? Ahí están mis canciones.—Ahí están mis poemas... Yo, como las naciones—venturosas, y a ejemplo de la mujer honrada,—no tengo historia: ¡nunca me ha sucedido nada!—¡Oh, noble amiga ignota, qué pudieras contarte!

Allá en mis años mozos adiviné del arte—la armonía y el ritmo, caros al Musageta,—y, pudiendo ser rico, preferí ser poeta!

—¿Y después?

—He sufrido como todos, y he amado.

—¿Mucho?



† AMADO NERVO, insigne poeta mexicano

—Lo suficiente para ser perdonado...»

Amado Nervo permaneció muchos años en Madrid desempeñando diferentes cargos diplomáticos, siempre con singular acierto; pero consagrando predilectamente su vida a la literatura. España le admiraba y le quería, y su popularidad entre nosotros había llegado a tal punto, que no dudamos para afirmar que su nombre era tan familiar como el del más leído de nuestros poetas. Su idiosincrasia y su proceder, de una caballerosidad sin tacha, le habían granjeado generales simpatías que se hubieran exteriorizado en solemne manifestación pública si, al ausentarse de España, hubiérase sabido que no era un viaje por pocos meses, como se creyó.

La inspiración, delicadeza, corrección y profundidad de sus composiciones corren pareja con su fecundidad literaria.

Trabajó mucho, deleitó mucho y enseñó mucho.

Nervo es más conocido como poeta que como prosista, pero en ambos aspectos fué genial su obra.

Espíritu verdaderamente selecto, era amante del ideal de aproximación entre los pueblos de estirpe hispana; idolatraba a México, y admiraba a España. La tribuna de la *Unión Ibero-Americana* se vió honrada repetidas veces por el llorado poeta mexicano, que, en hermoso y puro castellano con su dulce recitar, con su insinuante verbo, enterneció al auditorio, estremeciendo las almas con las más encontradas sensaciones producidas al influjo de su lira armoniosa, al encanto de su prosa sugestiva, de la naturalidad y propiedad de sus descripciones...

No hace mucho tiempo marchó Amado Nervo a su patria después de larga ausencia de ella; el recibimiento que se le dispensó fué digno de la fama del poeta: con esto queda dicho las proporciones que obtuvo.

Nombrado posteriormente para el importantísimo cargo de ministro de México en la Argentina y el Uruguay, llegó a Montevideo, siendo acogido, lo mismo que en Buenos Aires, con la dignidad debida a su elevado rango diplomático y con la efusión a que su genio y sus prestigios literarios le hacía merecedor.

A las nueve de la mañana del día 24 de Mayo falleció Amado Nervo.

En la Prensa uruguaya leemos que los últimos momentos del poeta fueron tranquilos. Poseedor de una completa lucidez, pudo Nervo darse cuenta de la proximidad de la muerte y agradecer a

los que lo rodeaban las atenciones que le prodigaron.

Aquellos ojos reveladores de singular dulzura y bondad se cerraron para siempre después de contemplar el rayo de sol, por cuya vista mostrara deseos, en la madrugada de aquel día, de que se prolongara unas horas más su existencia...

Acaso al apartar su vista de este mundo en su cerebro vagasen aquellos versos:

Amé, fui amado, el Sol acarició mi faz.

¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

Y ciertamente que su imaginación de poeta soberano tendría improvisaciones sublimes de fervorosas plegarias, de perdón, de adoración a nuestro Dios, que, clemente y piadoso, habrá acogido el alma de Nervo, por cuyo descanso eterno millares de oraciones suben al cielo.

Al tener conocimiento del fallecimiento de Amado Nervo, el Poder Ejecutivo envió a la Asamblea general el siguiente mensaje y proyecto de ley, que fueron aprobados en sesiones extraordinarias convocadas al efecto por ambas Cámaras, que rindieron sendos homenajes en memoria del muerto ilustre:

«Montevideo 24 de Mayo de 1919.—Honorable Asamblea general: Acaba de fallecer el señor enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos mexicanos en nuestro país, el alto poeta Amado Nervo.

El fallecimiento de Nervo constituye un duelo nacional, no sólo por la representación que investía, sino también por ser una de las más elevadas expresiones de la intelectualidad de la América latina.

Debemos rendirle, pues, además de los honores correspondientes a su investidura, un homenaje excepcional que exteriorice los mismos sentimientos de solidaridad americana que llevaron a los Poderes públicos de América a asociarse a nuestro dolor por la muerte de Rodó, y al Gobierno de Washington a tributar singulares exequias al ministro Pena.

Confiado en que vuestra honorabilidad compartirá la opinión que dejo manifestada, solicito vuestra aprobación para el adjunto proyecto de ley.

Reitero a vuestra honorabilidad, consideración.—*Baltasar Brun.—Daniel Muñoz.*

El proyecto de ley a que se refiere el anterior mensaje decía:

El Senado y la Cámara de representantes de la República oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea general, decretan:

Artículo 1.º El Poder Ejecutivo decretará ho-

nores de ministro de Estado a tributarse al cadáver de Amado Nervo, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos mexicanos.

Art. 2.º El Poder Ejecutivo dispondrá, además, en la forma que considere más conveniente, el traslado a México de los restos del poeta Nervo.

Art. 3.º Autorízase al Poder Ejecutivo para invertir, dando cuenta, las sumas necesarias al cumplimiento en lo dispuesto en esta ley.

Art. 4.º Comuníquese, etc.

Montevideo 24 de Mayo de 1919.

—Daniel Muñoz.»

Las asociaciones españolas de Montevideo, en representación propia e interpretando el sentimiento general de los compatriotas allí residentes, se asociaron al duelo de las letras hispanoamericanas «con la pérdida irreparable del excelso y querido poeta Amado Nervo, tan amante de España como de su cultura, la que honró con su gran corazón y enriqueció con su inspiración altísima, invitan a los españoles a acompañar el féretro del ilustre extinto a la última morada, el lunes 26 del corriente, a las tres de la tarde. Punto de partida, Universidad.

2.ª Asistir al entierro las respectivas Comisiones directivas en corporación.

3.ª Izar la bandera española a media asta en el local del Club Español, hasta la verificación del entierro.

4.ª Enviar al presidente de los Estados Unidos mexicanos, don Venustiano Carranza, el siguiente telegrama: «Españoles residentes Uruguay, lloran con México muerte gran poeta de nuestro idioma, Amado Nervo, presentándole el más sentido pésame.—Club Español.»

5.ª Dedicar al extinto una corona de bronce con la siguiente inscripción: «Ofrenda de los españoles del Uruguay al eximio poeta de Hispano-América, Amado Nervo».

6.ª Designar un orador que, en nombre de los españoles, haga uso de la palabra en el acto del entierro.»

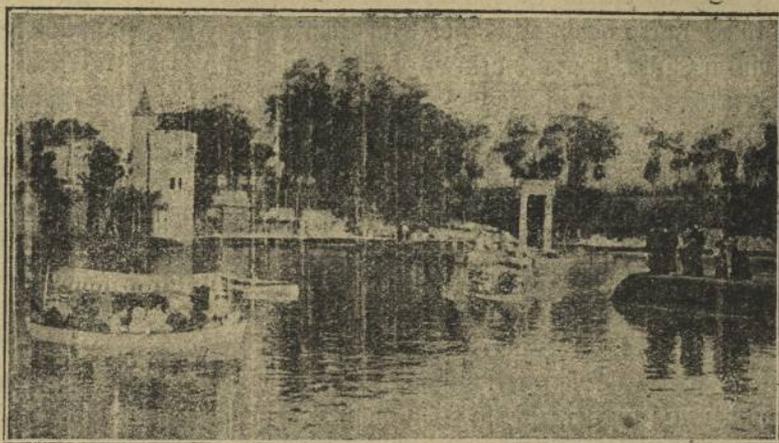
(De la «Unión Ibero-Americana»).



El general Maroto en América

Como es sabido, el ilustre general Maroto tomó parte activa y principal defendiendo la causa española, en las campañas de independencia de los reinos americanos que pertenecían a la Corona de Castilla.

En 1813 se le concedió el mando del regimiento expedicionario de infantería de Talavera, que se formó con destino al Perú, y allí permaneció once años, durante los cuales tuvo ocasión de intervenir (especialmente en la Capitanía general de Chile, dependiente del virreinato) en las más importantes operaciones ejecutadas contra los sediciosos por las armas reales.



URUGUAY.—Montevideo: Lago del Parque Urbano

Asistió a la famosa acción de Rancagua, en Octubre de 1814, en que fueron derrotados los rebeldes chilenos; y como comandante general de las tropas españolas sostuvo también la sangrienta batalla de Chacabuco (12 de Febrero de 1817), en que coligados los chilenos con los argentinos, y bajo el mando del famoso general San Martín, vencieron con fuerzas superiores a las huestes realistas.

Maroto desempeñó en los reinos americanos cargos militares, políticos y gubernativos, y por sus meritorios servicios fué ascendido sucesivamente desde coronel a mariscal de campo, con cuya graduación regresó a la Península en 1825.

Ya en su patria, conservó siempre un gran cariño al país de sus recuerdos mozos y de sus primeras hazañas militares. En todas las tribulaciones y contrariedades de su agitada vida posterior, su pensamiento volaba a Chile como tierra de refugio y de descanso.

He aquí lo que dice en un pasaje de sus Memorias, refiriéndose a los disgustos que le producía haber abrazado el partido carlista, en la lucha intestina que se suscitó en España a la muerte de Fernando VII:

«Razón tenía para penetrarme de lo ilusorio que era pensar en el triunfo de la causa de don Carlos, y mil veces arrepentido de los compromisos que con él contraí, proyecté marcharme a Chile, donde poseo cortos bienes, y renunciar para siempre a figurar en el teatro político.»

Y en otro lugar se lee:

«Me persuadí que mis enemigos habían explotado mi separación de Cataluña para continuar enemistándome con D. Carlos, y añadido a esto el estar cansado de tantas aventuras, fué bastante a resolverme de nuevo a renunciar a la causa carlista y a mi patria, y al reino de Chile.»

Sus profecías tuvieron cumplimiento.

Al término de la guerra civil, desengañado y dolorido, quiso acabar sus días tranquilamente, y marchó a Chile, donde murió en Valparaíso el año 1853, a los setenta de edad.

El homenaje que le han tributado recientemente los chilenos, trasladando sus cenizas al panteón de héroes militares de Santiago, prueba el buen recuerdo que dejó allí su nombre y el cariño que se le guarda. Y ello obedece, ante todo, a la conducta noble, recta y caballerosa que D. Rafael Maroto observó en América, respetuoso siempre con las leyes de la guerra y de la humanidad, y defendiendo, al par que la soberanía de España, el beneficio de los indígenas.

De algunos documentos interesantes que poseo, como descendiente del esclarecido general, voy a transcribir párrafos que confirman este aserto.

Un informe de la Audiencia de la Plata, dado en 3 de Abril de 1818, decía lo siguiente:

«Llorando Chuquisaca la desgraciada revolución que la oprimía, y afligida por los caudillos devastadores de sus partidos, fué nombrado el señor D. Rafael Maroto gobernador-intendente. Apenas tomó las riendas del mando, cuando empezó la ciudad a respirar. Los resultados hicieron ver las celosas providencias que dictó. El caudillo Prudencio dejó de existir, y su pálido espectáculo, con los de sus compañeros, produjeron sin duda los fines que la ley propone en el castigo, haciendo temblar a los incautos que acaso intentaron seguir aquel partido. Concluída esta división o gavilla de hombres armados, sucedió el placer a la consternación; abiertas las puertas del comercio, cesaron de lamentarse muchas familias que casi tocaban la indigencia. El traficante, desde entonces, vivió seguro, y el labrador ha surcado la tierra tranquilo; de modo que las cosas, tomando otro aspecto, dieron quietud al país, por cinco años afligido...

»Su celo por el real servicio ha sido infatigable; la tropa, siempre subordinada; la fe pública, exactamente cumplida; los empréstitos, pagados con la mayor legalidad, lo dicen. Todo parece que a voces manifiesta el jefe que nos manda.

»En lo político, ha gobernado igualmente con el mayor pulso. Las instrucciones que por Abril

del año pasado dió al ilustre Cabildo, y su exacto cumplimiento, acreditan el interés que toma en el bien general; a sus instancias se debe la obra de la caja del agua, y los presos encarcelados comen por él, habiendo buscado arbitrios para este caritativo objeto. Hay limpieza en la población, seguridad en los caminos, garantías en las personas, y ahora, en fin, se goza de paz y de ventura.»

En otro informe del Cabildo eclesiástico y preladados regulares de Charcas se lee:

«Si no hubiera habido brigadier Maroto de jefe de esta provincia, ella no se hubiera pacificado ni se hallara en el estado de tranquilidad que respira, y no ha podido respirar bajo otros Gobiernos desde el principio de su desgraciada revolución.»

He aquí lo que decía la Municipalidad de La Plata:

«El haber salido su provincia y la del Potosí, del oprobio y envilecimiento en que se hallaban, se ha debido únicamente al recto corazón, puras intenciones, don de gobierno político, númen militar y virtudes morales del señor brigadier D. Rafael Maroto, y a pesar de haber venido este digno jefe en circunstancias tan graves y molestas como constreñidas por las dificultades, ha marchado rápidamente con celo y dignidad por los senderos de la entereza y del honor. En efecto, a los pocos días que se recibió del mando principiamos a sentir los efectos de sus miras benéficas y paternales. Los primeros actos de su gobierno hicieron inspirar una confianza general y estrechar los vínculos entre el magistrado y el súbdito, haciéndose benignamente accesible a toda persona y removiendo los obstáculos que podían alejar de su noticia los abusos y las cosas dignas de remedio; a este fin, señaló dos horas por la mañana y otras dos por la tarde para oír por sí mismo toda queja verbal; circuló órdenes a los comandantes y repartió a los alcaldes de barrio sabios reglamentos que anunciaban las mejoras y las felicidades que disfrutamos.»

En espíritu parecido a los anteriores están redactados otros informes del general en jefe del ejército del Perú, del Ministerio de Hacienda del Potosí y de la Diputación provincial y Universidad de La Plata, acordando además los catedráticos y doctores, en Claustro pleno, poner a disposición del gobernador-intendente un grado de facultad mayor para que, sin cargo alguno, hiciese gracia de él a quien deseara, dándole con esto una prueba manifiesta de la estimación con que era mirado.

Tan lisonjeras manifestaciones las hacían también los mismos a quienes había en un prin-

cipio combatido, por hallarse empuñando las armas a favor de la insurrección, los cuales se tornaron luego en los más obedientes súbditos, llegando hasta el caso de ofrecerse voluntariamente a formar un Cuerpo de milicia ciudadana para defender los derechos, garantías e individual seguridad con que todos confesaban contar merced a sus disposiciones.

En resumen: el comportamiento del general Maroto en América mereció bien hasta de sus enemigos, que más de una vez, y en críticas ocasiones, le demostraron el respeto y aprecio que les merecía, y a tal punto alcanzaban su reputación y prestigio, que fué invitado con el mando supremo de grandes provincias convertidas en Estados republicanos, cosa a que jamás prestó oídos, «porque no podía—dice él—ser perjuro sin faltar a la fidelidad que a mi patria debía.»

Rafael Maroto Reguero



V E N ! . . .

Ven a mis brazos, adorada mía,
cándida rosa de fragancia llena,
tierna paloma de amoroso arrullo,
astro divino.

Ven y dormita bajo el dulce halago
de las caricias que mi amor te ofrece,
para vivir así toda mi vida,
solo un instante.

Ven, que cual lira de nerviosas cuerdas
he de pulsar tu cuerpo perfumado;
y entre el deleite de infinitos goces
juntos soñemos.

Ven, con un beso interminable ansio
quemar mis labios en tu aliento puro,
para beber con voluptuoso anhelo
toda tu alma.

Ven a inundarme en la pasión fogosa
de las miradas de los ojos negros,
que la embriaguez de tanto amor nos brinda
gratos placeres.

Ven, es ya hora que la dicha selle
en un eterno beso nuestro idilio,
para seguir la vida entre caricias
llenas de goce.

Ven a mis brazos, adorada mía,
cándida rosa de fragancia llena,
tierna paloma de amoroso arrullo;
¡ven a mis brazos!...

Luis Martínez Urrutia

Santa Fe (República Argentina).

Ecos Americanos

Decálogo del español en el extranjero

En la Prensa iberoamericana está circulando con gran profusión el siguiente decálogo de todo buen español, de cuya observancia pueden venir, por el conducto del particular esfuerzo, muchos beneficios para España:

«Primero. No dejes de leer la Prensa de tu país.

Segundo. Lee libros en español escritos, e inspira tus actos en lo que en ellos aprendas.

Tercero. Contribuye a que las obras y libros españoles sean conocidos, propagados y vendidos en el país en que te encuentres.

Cuarto. Enseña a tu mujer y a tu hijos a que nutran su inteligencia en la savia de buenos libros españoles.

Quinto. Aprovechará más a tu patria la propaganda de un buen libro español, que mil bayonetas.

Sexto. Con la propaganda del libro español contribuirás al prestigio de tu patria.

Séptimo. No olvides que el libro español es para tu patria y para tu familia, lo que la semilla es en la tierra: el medio de que fructifique y se desarrolle el pensamiento español.

Octavo. Leyendo libros y periódicos españoles contribuirá a la prosperidad intelectual de las naciones españolas y al desarrollo de su comercio e industria.

Noveno. En cada libro español que recibas de tu patria, has de ver el cariñoso beso que ésta te envía.

Décimo. Habla, lee, aprende, piensa y escribe en el más puro y castizo lenguaje español, para gloria tuya, de tu patria y de tu idioma.

Estos diez mandamientos se encierran en dos: en conservar tu idioma limpio de toda impureza, no intercalando en él vocablos extranjeros; y en amar a la patria sobre todas las cosas no olvidando que sólo hay una patria, como sólo hay una madre.»

En pro de la divulgación cultural española

En los años de 1912 y 1913 un médico de gran prestigio en América, el doctor D. Avelino Gutiérrez, tomó una importante suma para que se fundase en Buenos Aires una institución encargada de la divulgación cultural española, para lo cual dedicó su donativo en homenaje de los sabios españoles Menéndez Pelayo y Ramón y Cajal.

Gracias a los esfuerzos de esta fundación, pudieron visitar Buenos Aires y pronunciar allí

importantes conferencias los catedráticos españoles Ramón Menéndez Pidal y José Ortega y Gasset. Ahora el citado doctor y su hermano don Angel, han hecho otro importante obsequio en metálico a la Institución Cultural Española, y como se verá por la carta que transcribimos, dirigida al presidente de la Sociedad, doctor Ramón y Cajal, se trata de un esfuerzo serio en apoyo de cuantos trabajan por difundir en América la cultura científica del actual renacimiento español.

«Ilustre señor presidente: Adjunto a la presente enviamos a usted un giro sobre Londres por valor de 1.445 libras esterlinas, con destino a pensiones en el extranjero. Con esta pequeña suma queremos, mi hermano el doctor Angel Gutiérrez y yo, contribuir, siquiera sea modestamente, a la obra magna y verdaderamente patriótica que está realizando esa Junta.

Nos mueve a la acción el fervor entusiasta y puro, perseverante, comprensivo, desinteresado y patriótico de la Junta y la contemplación de los excelentes resultados que está obteniendo.

Los problemas de la nación española son tal vez los mismos que los de otras naciones; pero, aparte de sus peculiaridades específicas, las radicales básicas de todo problema han tenido y tienen en nosotros muy reducido valor.

En todo problema intervienen, como radicales básicas, dos factores a cual más importantes: el factor cultural y el factor ético. Pues bien; nosotros no hemos concedido a estos factores la importancia, el valor y la consideración que merecen y que les conceden los pueblos a quienes nosotros envidiamos.

A plantear y resolver estos dos problemas, con el carácter de previos, hemos debido dirigir antes nuestra más solícita atención y nuestros mayores esfuerzos.

Hoy tal vez las circunstancias extraordinarias del momento hayan venido a poner otros por delante, sin desplazar por eso aquéllos; mas bien pronto volverán a colocarse en el primer término; y siendo así y queriendo, mediante ello, renovar a España, todo español, del Rey abajo, debe ayudar a esta obra de redención.

En ella todos pueden poner algo: el Rey, el anhelo ferviente y la palabra estimulante; los ricos, sus riquezas; los sabios, su saber; los maestros, sus enseñanzas; los políticos, la acción ejemplar, objetiva, patriótica, sin asomo de vanidad, desvinculada de egoísmos personales y partidistas, y todos, el cumplimiento de los deberes altruistas que impone la vida en común.

Para los que no cumpla, la conmiseración, el desprecio y el vacío.

La suma con que contribuimos a la obra patriótica de la Junta queremos se destine a pensionar a profesores que vayan a estudiar a Inglaterra, Francia e Italia, Economía, régimen financiero, cuestiones sociales y transformación de industria, lo que todos los países en guerra están realizando apresuradamente, no obstante las enormes deudas que pesan sobre ellos. Todos esos son problemas que piden revisión, replanteo y solución inmediata; los Institutos científicos deben dedicarse a su estudio y los Gobiernos están en el deber de llevarlos a la práctica antes de que se los arranquen violentamente.

Nos es muy grato poder dedicar estas pensiones en homenaje a la memoria del gran patricio y sabio investigador D. Joaquín Costa, y en homenaje a los sabios investigadores don Ramón Menéndez Pidal y D. Ramón Turró.

Saludamos al ilustre presidente de la Junta para Ampliación de estudios e investigaciones científicas con nuestra mayor consideración y estima.

Angel GUTIERREZ

Avelino GUTIERREZ “

SUMARIO

TEXTO: El Octavo año.—Significación histórica del movimiento Maximalista, por José Ingenieros.—Españoles y Americanos: Exaltemos La Rábida, «Cuna de América», por Columbia.—La eterna comedia, soneto, por Fernando C. de Góngora.—Variedades, por Francisco de las Barras de Aragón.—Movimiento Americanista.—La verdad sobre México, por Manuel Ugarte.—Del Monasterio de La Rábida, por José L. H. Pinsón.—Museo Americano, por Javier Fernández Pesquero.—Amado Nervo.—El general Maroto en América, por Rafael Maroto Reguero.—¡Ven!..., por Luis Martínez Urrutia.—Ecos Americanos.

GRABADOS: Caracas (Venezuela): Entrada al patio del Capitolio.—Quito: Plaza de la Independencia.—Montevideo (Uruguay): Palacio legislativo. Entrada principal.—Honduras (Tegucigalpa): Parque Central.—Amado Nervo, insigne poeta mexicano.—Uruguay. Montevideo: Lago del Parque Urbano.

Imp. del Asilo Provincial.—Ayamonte